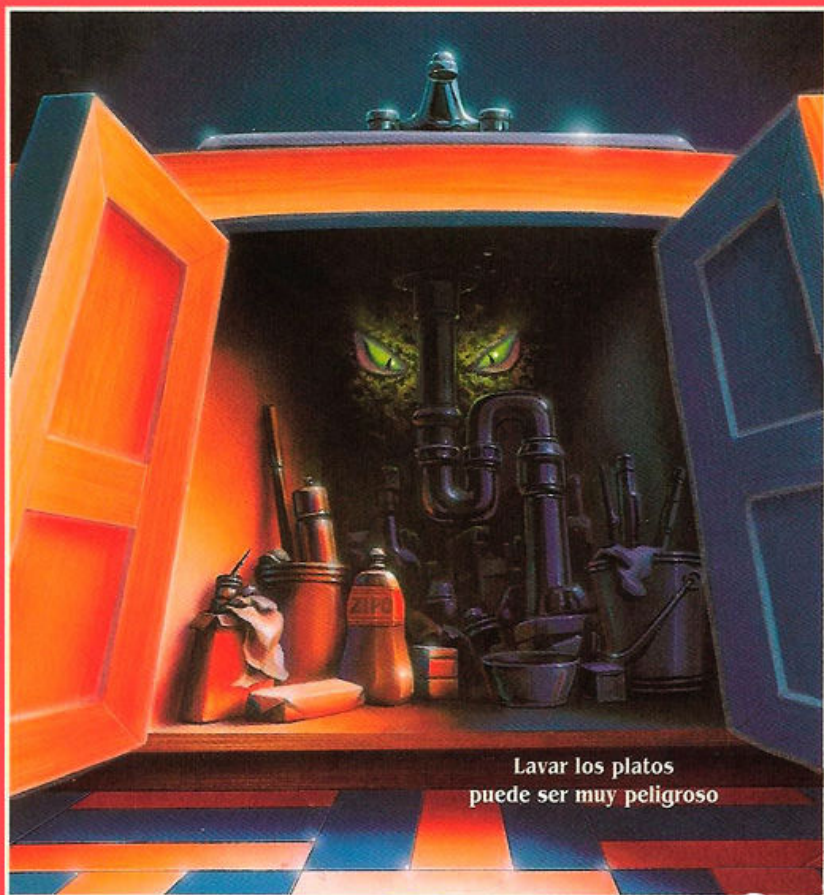


R. L. STINE

pesadillas

¡Hay algo vivo!



Lavar los platos
puede ser muy peligroso

se

Kat y su hermano Daniel han tenido mucha suerte. Acaban de mudarse a una casa nueva con dos balcones, montones de habitaciones y un jardín tan grande como un campo de fútbol. Pero toda esa buena suerte está a punto de desaparecer porque están compartiendo la casa con algo realmente maligno. Alguien que se esconde en la cocina, aparece debajo del fregadero, se mueve sigilosamente, observa, espera...



R. L. Stine

¡Hay algo vivo!

Pesadillas - 22

ePub r1.1

k1983 27.09.14

Título original: *Goosebumps #30: It Came from Beneath the Sink!*

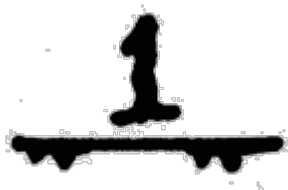
R. L. Stine, 1997

Traducción: Mercé Diago Esteva

Editor digital: k1983

ePub base r1.1





Antes de que mi hermano y yo encontráramos a aquella extraña criaturita debajo del fregadero, formábamos una familia feliz y normal. De hecho, debería reconocer que éramos especialmente afortunados. Pero nuestra suerte cambió cuando sacamos a la criatura de su escondrijo.

La historia triste y espeluznante se inicia el día que nos mudamos de casa.

—Ya hemos llegado, chicos —papá hizo sonar la bocina con alegría al doblar la esquina hacia Maple Lañe y detenernos delante de nuestro nuevo hogar—. ¿Preparada para la gran mudanza, Kitty Kat?

Mi padre es la única persona a quien permito que me llame Kitty Kat. Mi verdadero nombre es Katrina (¡agh!). Merton, pero sólo los profesores me llaman Katrina. Para todos los demás soy Kat a secas.

—Claro que sí, papá —exclamé bajando del coche familiar.

—¡Guau, guau! —Rambo, nuestro cocker spaniel, ladró para mostrar su aprobación y me siguió por la acera.

Daniel, mi travieso hermanito, es quien bautizó al perro. Qué nombre más tonto. A Rambo todo le da miedo. Con lo único que se atreve es con su pelota de goma.

Daniel y yo ya habíamos pasado en bicicleta por delante de la casa un montón de veces. Sólo está a tres manzanas de nuestra antigua vivienda, en East Main. No obstante, aún no podía creerme que íbamos a vivir allí. Quiero decir que siempre considere que nuestra vieja casa estaba muy bien. ¡Pero este lugar es fantástico!

Tiene tres plantas y se asienta en una suave colina, con unas contraventanas de color amarillo y, como mínimo, una docena de ventanas. Además, la casa está rodeada por un amplio porche y el jardín delantero debe de ser igual de grande que un campo de fútbol.

No es una casa, ¡es una mansión!

Bueno, casi una mansión. Enorme pero no precisamente de lujo. Lo que mamá llama «una casa cómoda y acogedora».

Aunque la verdad es que aquel día parecía vieja y desvencijada. Algunas contraventanas estaban medio sueltas, había que cortar el césped y parecía como si toda la casa tuviera un dedo de polvo.

—Nada que no pueda solucionarse con una buena limpieza, una mano de pintura y unos cuantos martillazos. —Eso es lo que dijo mamá.

Mamá, papá y Daniel bajaron del coche y todos nos quedamos quietos observando la casa. ¡Hoy por fin iba a ver el interior!

Mamá señaló el segundo piso.

—¿Veis ese balcón grande? —preguntó—. Ahí está nuestro dormitorio. El cuarto de al lado es el de Daniel.

Mi madre me apretó un poco la mano.

—El balcón pequeño es el de tu habitación, Kat —dijo radiante.

¡Una terracita para mí sola! Me incline hacia ella y le di un fuerte abrazo.

—Me gusta antes de verla —le susurré al oído.

Por supuesto, Daniel empezó a quejarse de inmediato. Tiene diez años, pero casi siempre se comporta como si tuviera dos.

—¿Y por qué la habitación de Kat tiene balcón y la mía no? —se quejó—. ¡No es justo! ¡Yo también quiero un balcón!

—Para ya, Daniel —dije entre dientes—. Mamá, dile que se calle. Alguna ventaja tiene que tener ser dos años mayor que tú.

Bueno, casi dos años. Mi cumpleaños era al cabo de cuatro días.

—Vale ya, chicos —ordenó mamá—. Daniel, en tu habitación no hay balcón pero hay algo que te gustará: literas. Así Carlo podrá quedarse a dormir siempre que quieras.

—¡Perfecto! —exclamó Daniel.

Carlo es el mejor amigo de mi hermano. Se pasan el día juntos y siempre están incordiándome.

Daniel es simpático, casi siempre. Pero se empeña en tener la razón. Papá lo llama «Sabelotodo». A veces, papá también lo llama «Tornado humano» porque siempre está correteando por ahí como un torbellino y es capaz de arrasarlo todo.

Yo me parezco mucho a mi padre, tenemos un temperamento tranquilo y sosegado. Bueno, normalmente. Y a los dos nos gusta la misma comida: la lasaña, los ajos en vinagre muy amargos y el helado con trocitos de café. La verdad es que incluso nos parecemos físicamente, somos altos, delgados, pecosos y pelirrojos. Yo suelo hacerme una cola de caballo; papá, en cambio, no tiene mucho pelo del que preocuparse.

Daniel se parece más a mi madre. Tiene un cabello castaño, fino y liso que siempre le tapa los ojos, y lo que mamá llama una constitución «robusta». (Eso significa que está relleno).

Aquel día Daniel se merecía realmente el apodo de Torbellino humano. Entró corriendo en la gran zona ajardinada y empezó a girar en redondo.

—¡Es enorme! —exclamó—. ¡Es gigante! Es... es... es una súper casa.

Se echó en el césped.

—¡Y esto es un súper jardín! Eh, Kat, mira, ¡soy Súper Daniel!

—¡Eres un súper tonto! —le contesté, despeinándolo con las dos manos.

—¡Eh, para! —Daniel dio un salto. Sacó su pistola súper empapadora y me disparó un chorro en la parte delantera de la camiseta—. Ya te tengo —afirmó—. Eres mi prisionera.

—Me parece que no —respondí, tirando de la pistola de agua.

—¡Suelta la pistola! —le ordené. Tiré con más fuerza—. ¡Suéltala!

—De acuerdo —gimoteó Daniel. La soltó tan de golpe que perdí el equilibrio y me caí en el cemento—. ¡Qué patosa! —dijo Daniel con una risita burlona.

Sabía cómo vengarme. Subí rápidamente los escalones del porche.

—¡Eh, Daniel! —exclamé—. ¡Voy a ser la primera en entrar en la casa nueva!

—¡Ni hablar! —gritó, saliendo a gatas del césped. Se abalanzó

hacia los escalones y me agarró por el tobillo—. ¡Yo primero! ¡Yo primero!

Entonces papá se acercó por el camino de entrada llevando una caja de cartón llenísima, en uno de cuyos lados se leía «cocina». Detrás de él iban dos hombres de la empresa de mudanzas, cargando nuestro gran sofá azul.

—¡Eh, estaos quietos! Hoy mamá y yo necesitamos vuestra ayuda. Por eso no estáis en clase —dijo en voz alta—. Daniel, pasea a Rambo, y asegúrate de que no le falte agua ni comida. Kat, vigila a Daniel.

»Y Kat, limpia los armarios de la cocina por dentro, ¿de acuerdo? —añadió papá—. Mamá quiere empezar a colocar los platos y las ollas.

—Muy bien, papá —respondí.

Vi a Daniel en el césped revolviendo una caja con un rótulo que ponía: «cromos y cómics».

—Eh, ¿dónde está el perro? —le pregunté en voz alta.

Se encogió de hombros.

—¡Daniel! —fruncí el ceño—. No veo a Rambo por ningún sitio. ¿Dónde está?

Soltó un montón de cromos de béisbol.

—Bueno, bueno, ya voy a buscarlo —refunfuñó. Se puso en pie y se dirigió al camino de entrada, llamando a Rambo.

En cuanto hubo desaparecido por uno de los laterales de la casa, me abalancé sobre la caja que él había estado revolviendo y examiné su interior. Estaba claro que el muy mocososo se había agenciado unos cuantos cómics míos.

Me los coloqué bajo el brazo y entré en la cocina para limpiar los armarios. Eché un vistazo y no pude evitar soltar un gruñido. La cocina, grande y luminosa, estaba absolutamente repleta de armarios. Suspirando, agarré unos trozos del rollo de papel de cocina y una botella de limpiador de la caja de «artículos de limpieza» y empecé a restregar. Friega que te friega, ¡iba a tardar horas en limpiarlos todos!

En cuanto acabé con un armario, di un paso atrás para admirar mi obra. Luego me arrodillé para limpiar el armario que había debajo del fregadero. Pero un ruido, un crujido, como el sonido de

unos pasos en una vieja escalera de madera, me detuvo. «¿Qué es eso?», me pregunté notando que el corazón me latía cada vez más rápido.

Abrí el armario despacio e intenté echarle una ojeada. Lo abrí un poco más. Un poquito más. Volví a oír el ruido. El corazón me palpitaba. Abrí la puerta del armario un poco más. Y entonces me agarró. Una garra oscura y peluda, que no me soltaba. Chillé.

2

—¡Daniel! ¡Me has dado un susto de muerte! —exclamé y le propiné un buen golpe en la espalda.

Desternillándose, mi hermano se quitó de un tirón su estúpido disfraz de rata que había insistido en llevarse.

—¡Tenías que haber visto la cara que has puesto! —dijo—. ¿Sabes qué? ¡A partir de ahora te llamaré Kat la Miedosa!

—Ja, ja. Qué gracioso —repliqué, poniendo los ojos en blanco. ¿He comentado ya que Daniel también se cree el rey de las bromas pesadas?

De repente recordé lo que se suponía que tenía que estar haciendo mi hermano.

—Papá te ha dicho que busques a Rambo, ¿dónde está?

—No he tenido que buscarlo —respondió Daniel con su risita—. No se había perdido.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—He metido a Rambo en el sótano —dijo orgulloso—. Mientras estabais en el porche he entrado por la puerta lateral y me he escondido bajo el fregadero.

—¡Eres como una rata! —exclamé.

Oí un golpecito extraño en el suelo de linóleo.

—¿Qué es ese ruido? —pregunté.

Daniel se quedó con la boca abierta.

—¡Oh, no, una rata de verdad! —gritó—. ¡Kat, cuidado! ¡Apártate!

Sin pensarlo dos veces, subí de un salto a una silla de la cocina

mientras... Rambo entraba trotando.

Daniel soltó una risa aguda.

—¡Te he engañado otra vez! —Se sentía tan orgulloso de sí mismo.

Me abalancé sobre mi hermano, dispuesta a hacerle cosquillas.

—¡Prepárate para morirte de risa! —le grité.

—¡Para! ¡Socorro! ¡No! —tragó saliva—. ¡Kat, por favor! ¡Para, por favor! ¡No... aguanto... más!

—¿Te rindes? —pregunté.

Daniel asintió.

¡Sí! —contestó jadeando y riendo al mismo tiempo.

—Muy bien —dije complacida—. Entonces puedes levantarte.

—¡Gracias! —respondió—. Eh, ¿qué está haciendo ahí Rambo?

—Ni hablar. No voy a volver a caer en una de tus trampas —afirmé.

Pero cuando eché un vistazo, el cocker spaniel parecía estar muy interesado en algo que había en el armario del fregadero, que yo había dejado abierto.

Lo sacó y lo olisqueó. Lo empujó con el hocico y le lanzó un buen gruñido meneando la cabeza.

«Qué raro —pensé—. Rambo nunca gruñe».

—¿Qué es eso, Rambo? —le dije.

El perro no levantó la mirada sino que siguió olisqueando aquello y lanzando gruñidos.

Me incliné para examinarlo más de cerca.

—¿Qué es, Kat? —preguntó Daniel.

—Nada especial —respondí sin darle mucha importancia—. Me parece que es una esponja vieja.

El perro siguió husmeando y gruñendo.

No parecía nada excepcional. Era pequeña, redonda y de color marrón claro, un poco más grande que un huevo.

Pero la esponja había conseguido poner a Rambo muy nervioso e inquieto. No paraba de dar vueltas a su alrededor, ladrando y gruñendo.

Le arrebaté la esponja para examinarla mejor. ¡Y mi querido perro intentó mordermel!

—¡Rambo! —le grité—. ¡Perro malo!

Se fue a un rincón con las orejas caídas y, lanzando un aullido avergonzado, recostó la cabeza entre sus patas. Sostuve la esponja delante mío para verla más de cerca.

¡Guau! ¡Un momento!

Rápidamente comprendí por qué Rambo se había comportado de forma tan extraña.

—¡Daniel, mira! —exclamé—. ¡No puedo creerlo!

3

—¿Eh? ¿Qué ocurre, Kat? —gritó. Yo miraba la pequeña esponja con ojos desorbitados.

—A lo mejor veo visiones —murmuré—. ¡Pero esto es muy raro!

—Vamos, Kat —insistió Daniel—. ¿Qué pasa?

Volví a examinar la esponja.

—¡Guau! —exclamé con voz entrecortada. No estaba viendo visiones.

La esponja redonda se movía despacio en mi mano. Era como si se abriera y se cerrara, adentro y afuera, siguiendo un ritmo pausado. ¡Como si estuviera respirando! Pero las esponjas no respiran, ¿verdad? ¡Pues ésta sí! Incluso oía sus pequeñas aspiraciones y espiraciones.

—¡Daniel! Me parece que esto no es una esponja —tartamudeé—. ¡Me parece que está viva!

La eché al armario del fregadero. Lo reconozco, estaba un tanto asustada.

Mi hermano se llevó las manos a la cadera.

—Es un chiste bastante malo —dijo riendo disimuladamente.

—Pero Daniel... —empecé a decir.

—Eso no hay quien se lo crea, Kat. Es una esponja vieja —insistió riendo abiertamente—. Una esponja vieja y sucia que debe de llevar ahí unos cien años.

—Muy bien, pues no te lo creas —repuse—. Cuando salte a la fama por haber descubierto esa cosa, no le diré a nadie que eres mi hermano.

Mamá entró en la cocina cargada con un montón de abrigos. Sabía que ella me creería.

—¡Mamá! —le grité—. ¡La esponja! ¡Está viva!

—Muy bien, hija —murmuró—. Ya faltan pocas cosas por entrar. Vamos a ver, ¿dónde puse la caja con la vajilla?

Mi madre actuaba como si no me hubiera oído.

—Mamá —repetí, alzando más la voz.

—¡La esponja! ¡Debajo del fregadero! ¡Respira!

Hizo caso omiso de mis palabras, siguió dando vueltas por la cocina y salió por la puerta que daba al patio trasero.

A nadie le importaba mi sorprendente hallazgo, a excepción de Rambo. Él sí que parecía estar realmente interesado. Tal vez demasiado.

Rambo inclinó el cuello hacia abajo, metió la cabeza en el armario, miró la esponja fijamente durante un buen rato y le lanzó un gruñido desde lo más hondo de su garganta.

¿Por qué volvía a gruñir?

Rambo tocó la esponja con su hocico húmedo. Le dio unos cuantos empujones sin dejar de olisquearla. Me miró un instante con una expresión de sorpresa en su cara canina.

Volvió a gruñir. Abrió la boca y agarró la esponja con los colmillos.

—¡Eh, eso no se come! —le grité, cogiéndolo por el collar y apartándolo del fregadero—. Podría tratarse de un descubrimiento importante.

Me volví hacia mi hermano.

—¿Has visto, Daniel? Rambo sabe que está viva —insistí—. En serio, no es un truco. Acércate a mirar, te prometo que verás cómo respira.

Daniel lanzó una sonrisa afectada, como si no me creyera. Pero metió la cabeza en el armario.

—¡Eh, vaya! A lo mejor tienes razón —reconoció. Se incorporó para mirarme a la cara—. ¡Me parece que está viva! ¡Y también me parece... que es mía!

Después de pronunciar esas palabras, se introdujo debajo del fregadero para coger la esponja.

—¡Ni hablar! —protesté. Lo agarré por detrás de la camiseta y lo

saqué de allí—. Yo la he visto primero. ¡La esponja es mía!

Se desembarazó de mí y volvió a meterse en el armario.

—¡Quien la coge se la queda! —exclamó.

Hice ademán de volver a agarrarlo pero, antes de que llegara a tocarlo, Daniel lanzó un grito de dolor espeluznante.

4

—¡AAAAAHHHH!

Es probable que el grito de Daniel se oyera en todo el vecindario. Como mínimo, consiguió llamar la atención de mamá. Entró bruscamente por la puerta procedente del patio trasero.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha chillado? ¿Qué ocurre? ¿Qué ha sucedido? —preguntó mamá.

Daniel salió de debajo del fregadero dando marcha atrás y agarrándose la cabeza. Nos miró con los ojos entrecerrados.

—Me he golpeado la cabeza con el fregadero —se lamentó—. ¡Kat me ha empujado!

Mamá se arrodilló y le pasó el brazo por encima de los hombros.

¡Pobrecito! —dijo para aliviarlo. Le acarició la cabeza.

—Yo no le he empujado —afirmé—. Ni siquiera le he tocado.

Daniel gimoteó y se frotó la cabeza.

—Me duele mucho —se quejó—. Seguro que me saldrá un chichón enorme.

Me miró.

—¡Lo has hecho a propósito! ¡Y además la esponja no es tuya! Estaba en la casa, ¡así que es de todos!

—¡Es mi esponja! —insistí—. ¿Qué te pasa, Daniel? ¿Por qué siempre quieres lo que es mío?

—¡Basta ya! —exclamó mamá con impaciencia—. ¡Mira que pelearos por una estúpida esponja!

—Kat, se supone que deberías vigilar a tu hermano, ¿no? —me preguntó—. Y, Daniel, no cojas lo que no es tuyo. —Y

disponiéndose a salir de la cocina, nos advirtió—: ¡No quiero volver a oír hablar de esponjas! ¡De lo contrario, os arrepentiréis los dos!

En cuanto mamá salió de allí, Daniel me sacó la lengua y puso los ojos bizcos.

—Gracias por meterme en líos —refunfuñó.

Salió disparado con Rambo pisándole los talones. Cuando me encontré sola en la cocina, me incliné, alargué la mano bajo el fregadero y cogí la esponja.

—Aquí todo el mundo grita y chilla —le susurré—. Estás dando mucha lata, ¿no?

Me sentía un tanto estúpida hablándole a una esponja. Pero al tacto no parecía una esponja, sino algo totalmente distinto. «Está caliente —pensé sorprendida—. Caliente y húmeda».

—¿Estás viva? —pregunté a la pequeña bola arrugada.

La cubrí con mi mano con delicadeza y ocurrió algo extrañísimo. La esponja empezó a moverse.

Bueno, no era exactamente a moverse. A latir, despacio y con suavidad. Se movía como el corazón de plástico que utilizábamos en clase de ciencias. ¿Se trataba del latido de un corazón?

Observé a aquel ser con atención. Recorrí las zonas rugosas con las yemas de los dedos, apretando los pliegues de material húmedo y esponjoso.

—¡Guau! —exclamé sorprendida. Dos ojos negros y vidriosos me devolvieron la mirada. Sentí un escalofrío—. ¡Agh!

«No es una esponja», pensé. Las esponjas no tienen ojos, ¿verdad? ¿Qué era? Necesitaba alguna respuesta inmediata, pero ¿a quién podía acudir?

A mamá no. No quería ni oír hablar de la esponja.

—¡Papá, papá! —llamé, atravesando la sala de estar y el comedor a toda prisa—. ¿Dónde estás?

—Ummmmmm —gritó—. Ummmmmm.

—¿Qué? —pregunté, recorriendo la casa—. Oh, estás aquí.

Papá estaba encaramado a una escalera en el vestíbulo. Llevaba un martillo en una mano y un rollo grande de cinta aislante negra en la otra. Y un puñado de clavos en la boca.

—Ummmmmm —masculló.

—Papá, ¿qué intentas decirme? —le pregunté. Entonces soltó los

clavos.

—Perdona —refunfuñó—. Tengo que conseguir que esta lámpara funcione. Estos dichosos cables viejos...

Bajó la mirada hacia el montón de herramientas que yacía en el suelo.

—Kat, pásame esos alicates. Si no la arreglo, tendré que llamar a un electricista.

A papá la jardinería se le da de maravilla pero el bricolaje es otro asunto. Siempre se hace unos líos impresionantes. Una vez intentó arreglar un ventilador y se cargó la electricidad de todo el vecindario.

—Toma, papá. —Le di los alicates y le enseñé la esponja—. Mira esto. —Me puse de puntillas para que pudiera ver la esponja más de cerca—. La he encontrado debajo del fregadero. Está caliente, tiene ojos y está viva. No sé qué puede ser.

Papá la observó sin quitarse la gorra de béisbol.

—Echémosle un vistazo —propuso.

La levanté todavía más para que la tuviera más próxima. Él se inclinó hacia abajo para cogérmela de la mano. Sin embargo, no vi que la escalera se tambaleara, ni que empezara a ladearse. Sólo vi que la expresión de papá cambiaba, que abría unos ojos como platos y qué su garganta profería un grito de sorpresa. Al empezar a caer, se agarró a la lámpara del techo para sostenerse.

—¡Noooooooo!

La lámpara se estrelló en su cabeza. Papá salió disparado por encima de la escalera y quedó tumbado en el suelo, inmóvil.

—¡Mamá, mamá, mamá! —grité—. ¡Ven rápido! ¡Papá se ha caído!

5

Mamá, Daniel y yo nos apiñamos en torno a papá, que estaba parpadeando.

—¿Eh? —musitó—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Meneó la cabeza y se intentó levantar ayudándose con los codos.

—Creo que estoy bien, chicos —dijo con voz temblorosa.

Trató de permanecer erguido pero cayó al suelo.

—El tobillo, creo que me lo he roto —gimió de dolor.

Mamá y yo, cada una sosteniéndolo por un lado, le ayudamos a llegar al sofá.

—Uf, me duele mucho —se quejó, y se frotó el tobillo suavemente.

—Daniel, ve a poner un poco de hielo en una toalla para tu padre —ordenó mamá—. Kat, tráele una bebida fría.

—Bueno, cariño —susurró mamá, secándole la frente—, cuéntame qué ha pasado.

Cuando volví rápidamente a la sala de estar con un vaso largo lleno de agua fresca, mis padres tenían una expresión muy extraña.

—Kat —dijo mamá enfadada—, ¿has empujado a tu padre?

—¿Por qué has empujado la escalera? —preguntó papá, frotándose el tobillo.

—¿Cómo? ¿Qué? —farfullé—. ¡Yo no te he empujado! ¿Cómo iba a hacer una cosa así?

—Ya hablaremos de esto más tarde, joven-cita —afirmó mamá con severidad—. Ahora tengo que ocuparme de tu padre.

Se inclinó y aplicó la bolsa de hielo al tobillo hinchado. Noté

que me ruborizaba a causa de la furia que me invadía. ¿Cómo podía papá pensar que lo había empujado?

Bajé la mirada y me di cuenta de que aún tenía la esponja en la mano. Y también me percaté de algo más, de algo extraño y espantoso: en vez de latir suavemente, la esponja palpitaba en mi mano. Palpitaba con fuerza.

Estaba vibrando, como si alguien hubiera puesto la batidora a toda velocidad. La esponja casi ronroneaba de agitación. Me senté en el suelo del vestíbulo, temblando de pies a cabeza.

«¿Qué ocurre?», me pregunté. Daniel pensó que lo había empujado y luego papá también había dicho lo mismo. Los dos creían que los había empujado, ¿por qué?

La esponja palpitaba animadamente en mi mano. Me estremecí. De repente, la esponja me daba miedo. No quería tenerla cerca, ni de mí ni de mi familia.

Salí corriendo. Encontré un gran cubo de basura metálico cerca del garaje, levanté la tapa y eché la esponja en su interior. Cerré bien el cubo.

De vuelta a casa, mamá me llamó a la sala de estar.

—Me parece que sólo se ha torcido el tobillo —afirmó—. Ahora cuéntame qué ha pasado.

El jueves me senté en el escritorio a escribir la lista de invitados a mi fiesta de cumpleaños. Tan sólo faltaban cuarenta y ocho horas para el gran acontecimiento. Ese mismo día tenía que darle la lista a mi madre para que, antes del sábado, comprase suficientes obsequios para los asistentes.

Oí a Daniel charlando con Carlo mientras subían por las escaleras, no precisamente en silencio.

—Ya verás, parece una esponja vieja, ¡pero está viva! —explicaba Daniel—. Seguro que es una criatura prehistórica, un dinosaurio o algo así.

Me puse en pie de un salto y salí de mi habitación a toda prisa.

—¡Eh! —le grité a Daniel—. ¿Qué estás haciendo con eso? La tiré el otro día.

—La he encontrado en el cubo de la basura —respondió Daniel, señalando la esponja que veía en su mano—. Es demasiado guay para tirarla. ¿Verdad, Carlo?

Carlo se encogió haciendo que sus greñas negras le tocaran los hombros.

—Parece una esponja vieja. ¿Qué pasa?

—Pasa mucho —le contesté—. Y además eso no es una esponja.

Saqué un voluminoso libro de mi nueva estantería.

—He consultado la enciclopedia —dije—. Las esponjas. Tenías que haberla dejado en el cubo, Daniel. De verdad.

—¿Qué pone en la enciclopedia? —preguntó Daniel impaciente, desplomándose en mi cama. Llevaba la esponja entre las manos.

—Pone que las esponjas no tienen ojos —respondí—. Y que sólo pueden vivir en el agua. Si dejan de estar en el agua durante más de treinta minutos se mueren.

—¿Te das cuenta, Carlo? No es una esponja —afirmó Daniel—. Nuestra criatura tiene ojos. Y ha estado fuera del agua desde que la encontramos.

—Pues yo no veo los ojos por ningún sitio. Y a mí no me parece que esté viva —observó Carlo con incredulidad.

Daniel saltó de la cama y alargó la esponja a su amigo.

—Cógela, ya verás.

Carlo sostuvo la esponja con mucho cuidado. Los grandes ojos marrones se le abrían cada vez más.

—¡Está caliente! Y... y... se mueve. ¡Se retuerce! Está viva.

Carlo giró en redondo para mirarme.

—Pero si esto no es una esponja, entonces ¿qué es?

—Pues aún no lo he descubierto —reconocí.

—Tal vez sea una especie de súper esponja —opinó Daniel—. Tan fuerte que hasta vive en tierra.

—Quizá sea mitad esponja mitad otro animal —añadió Carlo, mirándola—. ¿Me dejas que la lleve a casa un momento? Seguro que le doy un buen susto a Sandy.

Sandy es la canguro de Carlo.

La volveré a traer enseguida —prometió Carlo.

—Ni hablar —le dije rápidamente—. Creo que dejaré la esponja aquí mismo hasta que sepa qué es exactamente. Aquí, déjala en esta jaula de hámster vieja.

—Venga —suplicó Carlo acariciando la parte superior rugosa de la esponja—. ¿Ves? Le caigo bien.

—Ni hablar —respondí—. Daniel, dile a tu amigo que no incordie.

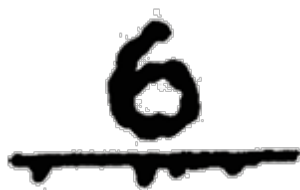
—Bueno, bueno —dijo Carlo entre dientes—. Oye, ¿y esta cosa qué come?

—No sé —contesté—. Pero no parece que estar sin comer le cause problemas. Métela en la jaula.

Carlo introdujo la mano en la jaula y dejó allí a la esponja. Al hacerlo, su rostro se vio invadido por una expresión de miedo.

Vi cómo le temblaba el brazo. A continuación soltó un alarido terrorífico.

—¡Ahhh! ¡La mano! ¡Me ha mordido la mano!



—¡Nooo! —chillé.

Torciendo la boca en un gesto de dolor, Carlo sacó rápidamente el brazo de la jaula, y me lo mostró.

—Oh —dije con voz entrecortada.

Carlo siguió meneando el brazo delante mío y empezó a reír. Tenía la mano perfectamente.

—¡Eres un monstruo! —le grité—. ¡Esto no tiene ninguna gracia! ¡Menudo chiste!

Carlo y Daniel se mondaban de risa.

—¡Qué chiste tan bueno! —Daniel se tronchaba de risa—. ¡Eh, Carlo, échame una... mano! Ja, ja, ja.

Él y Carlo chocaron palmas como los jugadores de baloncesto.

—Así se hace, tío —exclamó Daniel.

Eché una mirada a aquellos mocosos tontos e inmaduros.

Sabéis, chicos, esto no tiene ninguna gracia —les advertí muy seria—. No sabemos qué tipo de criatura es esta esponja.

—¡Tampoco sabemos qué tipo de criatura eres tú! —afirmó Daniel burlón.

—Si yo soy una criatura entonces tú eres el hermano pequeño de una criatura —repliqué.

—Eh, tengo una idea —dijo Carlo, guiñándole el ojo a Daniel—. Quizá deberías ponerle una cadena a la esponja y sacarla a pasear. ¡Si hace ejercicio le entrará el apetito! —Y soltó una carcajada.

En realidad se estaba partiendo de risa.

—Pero no tiene patas —intervino Daniel.

—¡Puede hacerla rodar por Maple Lañe! —propuso Carlo.

Más carcajadas.

—Ya vale, nenes. ¡Largo! —grité—. ¡Dejadnos en paz a mí y a la esponja! ¡Inmediatamente!

Daniel y Carlo se volvieron para salir no sin antes volver a chocar las palmas.

Estaba impaciente por que se fueran. Necesitaba estar sola un rato, sentarme y pensar qué hacer con aquella criaturita redonda. Pero antes de que salieran del dormitorio, un grito casi me hizo dar un bote de dos metros. Me giré y vi a Carlo saltando a la pata coja con desespero.

—Oh, claro —dije—. Ahora me voy a creer otra de vuestras bromas estúpidas.

Carlo, con la cara contraída por el dolor, señaló su pie con impaciencia. Cayó de espaldas en la cama soltando un gemido y se quitó la zapatilla de deporte rápidamente. Tenía el calcetín blanco manchado de sangre.

—¡Un clavo! —dijo con voz entrecortada—. ¡He pisado un clavo!

Miré la zapatilla que estaba en el suelo. Un clavo largo había traspasado la gruesa suela de goma, ¡y el pie de Carlo!

«Qué raro —pensé—. ¿De dónde ha salido ese clavo?».

—Oye, me sale mucha sangre —gimoteó Carlo—. ¡Haz algo!

Angustiada, busqué por el dormitorio algo que sirviera de vendaje. Al hacerlo posé la mirada en la esponja que estaba en la jaula.

—¡Guau! —exclamé.

La esponja se estremecía y vibraba. ¡Parecía estremecerse de alegría! Y respiraba, tan fuerte que aquel sonido misterioso se oía desde la otra punta de la habitación.

Mientras envolvía el pie de Carlo con una camiseta vieja, me asaltaron dos dudas: ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Por qué tiembla tanto la criatura esponjosa?

No descubrí la cruda realidad sobre aquella criatura hasta el día siguiente. Al hacerlo, entendí por qué ocurrían tantos accidentes en nuestro nuevo hogar y deseé no haber abierto nunca aquel armario, no haber introducido la mano debajo del fregadero ni haber

encontrado el ser... esponjoso.

Porque ahora era demasiado tarde.

Demasiado tarde para todos nosotros.

7

—Kat, está todo listo —dijo mamá sonriendo a la mañana siguiente, cuando entré en la cocina para desayunar.

—¿Qué está preparado? —pregunté adormecida.

—¡Tu fiesta de cumpleaños de mañana! —respondió ella, abrazándome. Bueno, mamá no abraza, espachurra.

—¿Cómo es posible que se te haya olvidado? —preguntó sorprendida—. ¡Llevamos semanas preparando tu cumpleaños!

—¡Mi fiesta! —suspiré complacida—. ¡Oh, qué ganas tengo de que llegue mañana!

Me senté a la mesa para tomar cereales y un zumo de naranja. Las fiestas de cumpleaños son un gran acontecimiento en casa de los Merton. Mamá siempre encarga un pastel enorme, hace todas las invitaciones a mano y decora la casa.

Aquel año la ayudé con las invitaciones. Las hicimos con cartulinas de color violeta y escribimos el texto con un rotulador rosa fluorescente.

Mis fiestas suelen centrarse en un tema. El del año pasado era «Haz tu pizza», ¡y fue fantástica! Mis amigos hablaron de ella durante semanas.

Ahora que iba a cumplir doce años decidí que era demasiado mayor para los temas. Así que mis padres iban a llevarnos a mí y a cinco de mis mejores amigos a Diverparque a pasar el día.

Diverparque es el mejor, no hay duda. Tiene dos piscinas de olas, un montón de toboganes acuáticos y el Machacamonstruo, ¡la montaña rusa más alucinante que he visto en mi vida!

¿Que por qué es alucinante? Pues el verano pasado, Carlo salió hecho polvo cuando se bajó del Machaca. No está nada mal, ¿no?

—¡Va a ser el mejor cumpleaños de mi vida! exclamé, sonriéndole a mamá, que estaba al otro lado de la mesa.

Me giré hacia Daniel:

—Lo siento, pero tú no estás invitado. Es sólo para niños de doce años.

—¡No es justo! ¿Por qué no puedo ir? —se quejó, golpeando los cereales con la cuchara y salpicando leche por toda la mesa—. Os prometo que no hablaré con ninguno de los amigos de Kat. ¿Para qué iba a hacerlo? ¡Dejadme ir, por favor!

Empecé a sentir pena por él y estaba a punto de cambiar de opinión. Pero entonces Daniel perdió todas las posibilidades que le quedaban.

Se cruzó de brazos y dijo refunfuñando:

—Kat siempre lo consigue todo. ¡Ni siquiera quiere compartir la esponja conmigo!

—¿Ese estropajo viejo que encontró debajo del fregadero? —preguntó mamá sorprendida—. ¿Quién iba a querer semejante cosa?

—¡Yo! —gritó Daniel.

—Yo la encontré, así que es mía. Y hoy voy a llevar mi esponja al colegio —le comuniqué a Daniel.

—¿Por qué? —preguntó mamá.

—Voy a enseñársela a la señorita Vanderhoff —le expliqué—. Tal vez ella sepa qué es. Ahora necesito un medio de transporte para la esponja.

Busqué por los armarios de la cocina.

¡Perfecto! —exclamé, sosteniendo un recipiente de plástico para conservar alimentos que olía ligeramente a ensalada de patata.

Con unas tijeras viejas practiqué unos cuantos agujeros en la parte superior del recipiente. Luego subí corriendo a buscar la esponja. De vuelta en la cocina, dejé el recipiente cerrado en el suelo y abrí el frigorífico.

—Mamá —pregunté—, ¿cuál es mi bolsa de comida?

—La azul, cariño.

Cogí la comida y cerré el frigorífico. Oí un olfateo procedente del suelo de la cocina. Bajé la mirada.

—Rambo, ¿qué estás haciendo? —Dediqué una sonrisa al perro de orejas caídas.

No dejaba de olisquear. Olisqueaba el recipiente. Y luego empezó a gruñir. Daba zarpazos en el suelo y gruñía. «Ya empezamos otra vez», pensé.

Rambo separó las orejas, dando vuelta receloso alrededor del recipiente.

Y se puso a ladrar. Y siguió ladrando. Y no dejaba de ladrar.

—¡Rambo! ¡Apártate! —le grité.

Pero el perro estaba demasiado enfurecido para hacerme caso.

—¡Mamá, Daniel! —les llamé—. Ayudadme a sacar a Rambo de aquí. Me parece que quiere desayunar esponja.

Mamá agarró por el collar al perro, que no dejaba de gruñir, lo apartó del recipiente y le abrió la puerta para que saliera al patio trasero.

—Sal fuera, perrito, así me gusta —dijo dulcemente.

Mamá se volvió hacia mí.

—¿Por qué se ha puesto así? No suele comportarse de este modo. Venga, date prisa o llegarás tarde al colegio. ¡Y entonces seré yo quien gruña y ladre!

Mientras me colocaba la mochila a la espalda, le di un beso de despedida a mamá y seguí a Daniel por la puerta.

—¡Mira esto! —gritó, cruzando la calle hasta la casa de los Johnson y situándose debajo de su canasta de baloncesto.

Daniel simuló una finta y un pase y corrió como un loco en círculos.

—Seguro que tú no saltas tanto —dijo, imaginando que se marcaba un mate.

—Venga, Daniel —respondí, caminando calle abajo rápidamente—. La señorita Vanderhoff me hará quedar después de clase si llego tarde.

Daniel me alcanzó al trote. De repente se le pusieron los ojos como platos. —¡Kat! ¡Cuidado! —gritó.

¡Crac!

Oí un sonido espantoso sobre mi cabeza. Un fuerte restallido. Como si alguien hubiera hecho crujir mil nudillos a la vez. Levanté la mirada a tiempo de ver una rama de árbol enorme cayendo

estrepitosamente por el aire.

Me quedé patidifusa. Era incapaz de gritar. No podía moverme. No podía mover ni un solo músculo. ¡Estaba a punto de ser aplastada!



—¡Aaaaah! —mi garganta profirió un gemido de terror.

Noté que alguien me empujaba con energía desde atrás, con tanta fuerza que caí al suelo. Me quedé ahí tendida por el sobresalto y vi cómo la rama de árbol se estrellaba contra el suelo y se rompía en mil pedazos.

Aterrizó a un metro de mí. Al intentar incorporarme, el recipiente con la esponja se me escapó de la mano. La criaturita se salió de él y quedó en la acera.

—¡Te he salvado la vida! —exclamó Daniel—. ¡Ahora me debes una!

Casi ni le oí.

La esponja. Sólo tenía ojos para la esponja. Respiraba. Estaba respirando con más fuerza y profundidad que nunca.

No dejaba de respirar. Parecía que se le fuera a salir el corazoncito. Estaba prácticamente brincando de emoción en el suelo.

Qué extraño. La rama había estado a punto de matarme y la esponja parecía tan contenta. Como si disfrutara del riesgo que había corrido. Como si mi accidente la hiciese feliz.

—¡Señorita Vanderhoff! —grité, entrando rápidamente en la clase—. ¡Tengo que enseñarle algo!

La señorita Vanderhoff es un coco. Sencillamente lo sabe todo de todo. Es muy inteligente y con ella hacemos visitas fantásticas. En Halloween visitamos un viejo y tétrico teatro que se supone que está encantado por los fantasmas de actores ya fallecidos.

Pero la señorita Vanderhoff también es muy estricta. Si alguien no se porta bien o habla cuando no le toca, es capaz de hacerle quedar después de clase durante una semana. Aparte tiene otro problema: carece de sentido del humor. Nunca he visto la más mínima sonrisa dibujada en sus labios.

—Mire esto, señorita Vanderhoff —le dije Bruscamente, poniéndole la esponja debajo de la nariz—. La encontré debajo del fregadero de nuestra nueva casa. Y cuando Daniel fue a cogerla, se golpeó la cabeza. Y mi padre pensó que yo le había empujado, y... y...

La señorita Vanderhoff me observó por encima de la montura metálica de sus gafas.

—Kat, ¡chis! —ordenó tajante—. Ahora vuelve a empezar, despacio y con claridad.

Respiré hondo y volví a empezar. Se lo conté todo desde el día de la mudanza hasta el incidente con la rama que acababa de producirse.

—¿Y dices que palpita y respira? —preguntó ella, mirándome fijamente.

—¡Sí! —afirmé.

—Déjame verla —respondió la señorita Vanderhoff.

Le pasé el recipiente. Introdujo la mano con cierta vacilación y sacó la esponja.

—Oh, guau —dije con voz quejumbrosa ante la decepción. La esponja estaba completamente seca y apergaminada. No respiraba ni palpitaba.

La señorita Vanderhoff me miró malhumorada.

—Kat, ¿qué significa esto? No es más que un estropajo —hizo una mueca—. Y encima está sucio.

¡Se equivoca! —exclamé con voz aguda, ansiosa de que me creyera—. Es mucho más que una esponja. Está viva. Tiene ojos, ¿ve? ¡Tiene que verlos!

La señorita Vanderhoff me miró de reojo, meneando su canosa cabeza.

Oh, bueno —dijo con un suspiro.

Inclinó la cabeza y observó la esponja de cerca. Pasó los dedos por la superficie rugosa.

—No sé de qué demonios estás hablando —dijo enojada, haciéndome una señal para que me sentara en mi sitio—. Esta cosa no tiene ojos. Y no está viva. Es una esponja vieja, sucia y seca.

Me lanzó una mirada airada.

—Si ésta es la idea que tienes de gastar una broma, Katrina, yo no la entiendo. Sencillamente no la entiendo.

—Pero... —empecé a decir.

La señorita Vanderhoff levantó la mano.

—No quiero oír ni una palabra más —ordenó. Me devolvió la esponja soltándomela en la mano como si fuera un trasto inútil.

Estaba tan decepcionada que se me encogió el estómago. ¿Cómo podía convencerla?

El golpe seco de una regla en su mesa interrumpió mis pensamientos.

—Voy a entregaros el examen de matemáticas de la semana pasada —anunció la señorita Vanderhoff.

Todos los alumnos se quejaron. La pregunta sorpresa con las divisiones complejas nos había ido fatal.

—Silencio —ordenó.

Hizo ademán de sacar los exámenes y se enganchó los dedos en el cajón.

—¡Los dedos! —exclamó profiriendo un grito de dolor—. ¡Oh! ¡Me parece que me he roto los dedos!

Yo seguía de pie junto a su mesa. Se giró hacia mí y, cubriéndose la mano, dijo:

—Ayúdame, Katrina. ¡Tengo que ir a la enfermería!

Le abrí la puerta del aula y la ayudé a bajar hasta la enfermería.

—¿Qué ha ocurrido? —La señorita Twitchell, la enfermera del colegio, se levantó de un salto y se acercó a nosotras corriendo. Su uniforme blanco y almidonado hacía frufrú al moverse. Sentó a la señorita Vanderhoff en una silla cómoda.

—Los dedos —gimió, levantando la mano enrojecida e hinchada—. Me los he enganchado en el cajón de la mesa.

—Tranquila —la apaciguó—. Te pondremos un poco de hielo en la mano. Y ya me encargaré de que el director mande a alguien a ocuparse de tu clase.

—Gracias —dijo la señorita Vanderhoff gimoteando—. Katrina,

ya puedes volver a clase. Gracias por tu ayuda.

¿Ayuda? A todas partes a donde iba últimamente, me dije, siempre se hacía daño alguien.

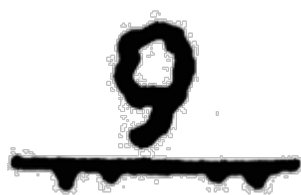
Volví rápidamente a la clase de 6° B sintiéndome muy desdichada.

—¡Kat! ¡Kat!

Oí que alguien me llamaba.

Daniel salió corriendo de la biblioteca y casi tropieza con los cordones desatados de sus zapatos. Chocó contra mí.

—¡Lo he encontrado! —gritó jadeante—. ¡He encontrado la criatura esponjosa! ¡En un libro! ¡Ya se que es!



Agarré a Daniel por la pechera de la camiseta.

—¿Qué es? ¡Dímelo! —le exigí—. ¡Necesito saberlo!

—Tranqui. Respira un poco. —Daniel me apartó las manos de su camiseta—. Te lo enseñaré. Tengo una foto aquí.

—¿Dónde? —pregunté.

Daniel echó una mirada al pasillo. No había moros en la costa. Entonces sacó un libro negro que llevaba escondido debajo de la camiseta y me lo ofreció. Se trataba de un volumen de la *Enciclopedia de las rarezas*.

—¿Aquí sale tu foto? —bromeé.

—Ja, ja. Muy graciosa —respondió, apartando el libro de mi vista—. ¿Quieres ver tu esponja?

—¡Claro!

Daniel pasó las páginas rápidamente, murmurando:

—Griblos, Grifos, Groces. ¡Aquí está!

Me puso el libro debajo de la nariz. Olía raro, como a rancio. Supuse que llevaba muchísimo tiempo en la biblioteca.

Daniel señaló un dibujo de la página 89. Me acerqué más al libro. Piel rugosa. Ojos pequeños y negros.

—¡Parece la esponja! —dije con voz entrecortada.

Empecé a leer el pie de la ilustración. «Dibujo de un grol».

«¿Un grol? —pensé—. ¿Y eso qué demonios es?».

Seguí leyendo:

«El grol es una criatura mítica de la Antigüedad».

—¿Mítica? —exclamé—. ¡Eso quiere decir que no existe, que es

inventada! ¡Pero sí que existe!

—Sigue leyendo —me instó Daniel. «El grol no come ni bebe sino que obtiene su energía de la suerte. La mala suerte».

Daniel —tartamudeé—. Esto es raro, muy raro.

Mi hermano asintió con los ojos abiertos como platos.

«El grol se ha considerado siempre un signo de la mala suerte. Se alimenta de la mala suerte de otras personas. El grol se fortalece cada vez que ocurre alguna desgracia a su alrededor».

—Este libro es una locura —murmuré. Seguí leyendo con avidez.

«La mala suerte nunca abandonará a quien posea un grol. No es posible matar a un grol, ni por la fuerza ni con medios violentos. Y nunca puede darse ni tirarse».

«¿Por qué no?», me pregunté.

Pero en las frases siguientes encontré la respuesta.

«Un grol sólo pasa a un nuevo propietario cuando muere el anterior. Quien dé el grol morirá en el plazo de un día».

—¡Qué estupidez! —exclamé—. Qué tontería, qué tontería.

Me volví hacia Daniel y le susurré en voz baja:

—No hay ninguna criatura que se alimente de la mala suerte.

—¿Y tú cómo lo sabes, genio? —inquirió.

—Todos los seres necesitan alimentos y agua —respondí—. Bueno, los seres vivos.

—No sé —dijo Daniel—. Creo que lo que pone en el libro podría ser cierto.

Me llamó la atención el dibujo de una criatura en otra página.

¿Eh?, ¿qué es eso? —Parecía una patata, era oval y marrón, pero tenía una boca llena de dientes afilados y puntiagudos. Leí la descripción rápidamente.

«El lanx es un pariente del grol, pero es mucho más peligroso».

—¡Ooh! —exclamó Daniel haciendo una mueca.

Seguí leyendo:

«Cuando el lanx se pega a alguien, no lo suelta hasta haberle absorbido hasta la última gota de energía».

Cerré la enciclopedia de un golpe.

—¡Toma, llévate esta tontería de libro! —coloqué de nuevo la *Enciclopedia de las rarezas* en los brazos de mi hermano—. Todo esto es una locura. No me creo ni una palabra.

—Me pensaba que querías saber más sobre la esponja —dijo Daniel.

—Sí, pero no todas estas invenciones —le respondí.

Sabía que no estaba siendo especialmente amable con mi hermano, ya que su única intención era resultar útil. Pero la verdad es que estaba un tanto preocupada después de todo lo que había pasado.

Lo cierto es que había tenido dos días bastante malos: papá se cayó de la escalera y la señorita Vanderhoff se acababa de enganchar la mano en el cajón. ¡Y por poco me aplasta una rama de árbol!

Volví a la clase con paso decidido.

—Qué libro más estúpido —refunfuñé.

Pero, poco a poco, otro pensamiento iba tomando forma en mi mente: «¿Y si lo que dice el libro es cierto?».

Eché una mirada al grol, que seguía en el recipiente en una esquina de la mesa de la señorita Vanderhoff, y me acerqué. Volvía a estar húmedo, y respiraba. Los ojos negros y fríos me devolvieron la mirada. Noté un escalofrío de terror y una picazón por todo el cuerpo.

—Las criaturas mitológicas no existen —le susurré a la criatura—. No voy a creerme ese libro. ¡De ninguna manera!

La esponja me observó, respirando suavemente.

Cogí el recipiente y lo agité con fuerza. —¿Qué eres? —grité—. ¿Qué eres?

Daniel le contó a Carlo toda la historia en el camino de vuelta a casa. Yo andaba detrás suyo, intentando pensar en otra cosa. Cualquier cosa.

—Se llama grol y es un amuleto de la mala suerte —explicaba Daniel emocionado—. ¿Verdad, Kat?

—Tú sí que eres un amuleto de la mala suerte —le espeté—. Y me parece que ese libro es una solemne tontería.

—¿Ah, sí? —exclamó cogiéndome la mochila—. A ti no te hacen falta esos libros, ¿verdad? Te crees más lista que una enciclopedia.

Daniel, calle abajo con mis libros en la mano, giró en Maple Lañe.

—¡Eh, mamá está afuera! —exclamó sorprendido.

Acto seguido empezó a correr.

Carlo y yo nos apresuramos para alcanzarle. Mamá estaba en la puerta, esperándonos. En su rostro se dibujaba una expresión tensa y preocupada.

—Hola, hijos. Entrad —dijo.

Daniel, Carlo y yo la seguimos a la cocina. Me temo que tengo muy malas noticias —empezó a decir entristecida.

10

—*Rambo* ha desaparecido —anunció mamá mordiéndose el labio inferior.

—¿Desaparecido? —exclamamos Daniel y yo al unísono.

—Se ha escapado —explicó ella—. No lo encuentro por ningún sitio. Ha debido de salir cuando he ido a dejar unas cosas al garaje.

—Pero mamá... —protesté—. *Rambo* nunca se escapa. Nunca lo ha hecho.

—¡Kat tiene razón! —coincidió Daniel—. No se atrevería a escaparse.

—No os preocupéis —dijo mamá—. Estoy segura de que lo encontraremos. He llamado a la policía y ya lo están buscando.

—¡Yo encontraré a *Rambo*! —exclamó Daniel—. Seguro que lo encuentro antes que la policía. ¡Vamos, Carlo!

Daniel cogió un puñado de golosinas para perro y salió disparado. Carlo lo siguió muy de cerca y la puerta se cerró detrás de él.

«Pobre *Rambo*», pensé. Ahí fuera solo, seguro que se había perdido y que estaba asustado.

«Nuestra nueva casa está tan cerca de la autopista, con todos esos coches que pasan zumbando. ¿Qué le pasará a mi perrito?».

De repente me entraron ganas de llorar. Cogí el recipiente con la esponja y subí las escaleras corriendo.

—Es culpa tuya, ¿verdad? —acusé a la criatura—. Al final resultará que sí que eres un grol.

Mientras yo pronunciaba estas palabras, el grol palpitaba. Se

estremecía con tanta fuerza que parecía que iba a salir del recipiente.

Respiraba rápida y profundamente.

Saqué al grol.

—¡Ya basta de mala suerte! —me lamenté—. ¡Así a lo mejor paras!

Arrojé a ese ser horrible contra la pared con todas mis fuerzas. Cuando el grol chocó contra ella se oyó un *puff* nauseabundo. Y acto seguido solté un grito de dolor espeluznante.



Bajé la mirada y vi algo rojo. Sangre, en mi mano izquierda.

Al lanzar el grol, me había golpeado la mano contra el escritorio, justo donde había unas tijeras bien afiladas.

—¡Oooh! —gemí, observándome la mano. Tenía un corte profundo y bastante feo.

Me la envolví con unos cuantos pañuelos para frenar la hemorragia. Entonces vi al grol en el suelo. Muerto, esperaba.

Me incliné.

—¡Cielos! —Di un salto. El grol respiraba y palpitaba, más rápido y con más fuerza que nunca.

Me acerqué un poco más.

¡Je, je, je!

—¿Eh, qué es eso? —murmuré.

¡Je, je, je!

Supongo que a eso se le llama risa. Una risita seca y cruel que parecía tos.

Entonces, mientras oía esa risa diabólica, el grol empezó a cambiar. De repente adoptó un color más vivo, pasó de marrón oscuro a rosa pálido. Para mi sorpresa, el grol acabó siendo de color rojo brillante.

Igual de rojo que la sangre de la mano en la que me había cortado.

¡La mano! ¡Cielos! La sangre había traspasado los pañuelos e iba goteando al suelo. Necesitaba ayuda, necesitaba a mi madre.

—¡Mamá! —grité, pegando un salto—. ¡Necesito una tiritita, que

sea grande!

Mientras bajaba a toda prisa hacia el salón, un cúmulo de preguntas se agolpaban en mi mente.

«¿Por qué había cambiado de color el grol? —me pregunté. Y esa risa, nunca la había oído—. ¿Qué significa esto? ¿Se trata de una auténtica risa? ¿Había herido al grol al lanzarlo contra la pared del dormitorio? ¿Se había puesto rojo por eso?».

Eran preguntas demasiado espantosas...

Oí voces en mi habitación y me acerqué a la puerta ahuecando la mano alrededor de la oreja.

—¿Quién anda ahí? —pregunté con voz temblorosa.

La puerta se abrió.

—Soy el fantasma del grol —susurró Daniel con voz tétrica—. ¡Uuuuuu!

Daniel y Carlo reían tontamente junto a la jaula del hámster.

—¡Oh, qué miedo! —me mofé—. ¿Habéis encontrado a Rambo?

—No —respondió Daniel entristecido—. Carlo y yo hemos buscado por todo el vecindario. Mamá dice que la policía lo encontrará.

Miré la jaula del hámster.

—¿Cómo ha entrado el grol ahí?

—Estaba en el suelo y por eso lo he metido en la jaula —respondió Daniel—. ¿Cómo ha salido?

—No sé —me encogí de hombros. No me apetecía explicarlo.

Carlo, que había estado observando al grol, me miró.

—Eh, ¿qué te ha pasado en la mano? —preguntó, señalando el vendaje. No quería contárselo.

—Oh, pues nada —respondí—. Un pequeño corte. ¿Por qué estáis ahí plantados mirando el grol?

—Carlo quiere que se lo dejes —explico.

Daniel, dando pequeños golpecitos en uno de los lados de la jaula para llamar la atención de la criatura. —Ya le he dicho que no.

Carlo se volvió hacia mí.

—Por favor —suplicó—. Te prometo que iré con cuidado. Por favor, por favor, por favor...

¡Ese estúpido grol!

—Oh, ¡pues cógelo y quédatelo! —espeté.

—¡Perfecto! —A Carlo se le iluminó la mirada y cogió ansioso la jaula de plástico para llevarse a su presa.

—¡Espera! —gritó Daniel, agarrando a Carlo del brazo para detenerlo—. Kat, acuérdate de lo que ponía en la *Enciclopedia de las rarezas*.

Daniel empezó a recitar de memoria la definición correspondiente al grol, sin apartar su mirada de mí.

«Quien dé el grol morirá en el plazo de un día».

Un sensación de terror se apoderó de mí. Pero no podía hacer caso de aquel libro estúpido, ¿no? ¿En la enciclopedia ponía que los grols reían? ¿O que cambiaban de color? No.

Carlo y Daniel me miraban fijamente, en espera de mi decisión. ¿Debía darle a Carlo la esponja?

Miré el grol.

—No lo hagas, Kat —suplicó Daniel—. No lo des, por favor. Es demasiado peligroso.

Sólo estaba segura de algo. Quería apartarme del grol lo antes posible. Y si Carlo tenía tantas ganas de tenerlo, decidí, ¡que se lo lleve!

—Adelante, Carlo —afirmé—. Llévate a esta criatura repugnante y horrorosa.

Daniel sacó al grol de la jaula y lo sujetó bien.

—¡No! —gritó—. Carlo no se lo va a llevar. Me importa un comino lo que digas. No dejaré que se lo lleve.

—¿Y ahora quién es el miedica? —pregunté, dándole un codazo a Daniel.

—¡Intento salvarte! —exclamó Daniel—. ¿No lo entiendes?

Pobre Daniel. Lo decía tan en serio y estaba tan asustado que decidí hacerle caso.

—Bueno, vale. Carlo, será mejor que no te lo lleves —le dije.

Daniel suspiro aliviado mientras Carlo fruncía el ceño.

—Bueno, adiós, me largo.

—Voy contigo —dijo Daniel, volviendo a meter al grol en la jaula—. Venga, vámonos en bici al parque. A lo mejor encontramos a Rambo ahí.

Antes de salir rápidamente de la habitación, Daniel se giró y me

hizo una señal de aprobación con el pulgar. Cuando se hubieron marchado, me tumbé en la cama. «¿Qué va a pasar ahora?», me pregunté.

Levanté la mirada hacia la jaula de plástico y observé al grol. Sentía un odio profundo hacia aquella criatura.

—Si vuelve a ocurrir algo malo en esta casa, te enterraré — prometí—. Te enterraré tan abajo que nadie te encontrará ni volverá a encontrarte. Nunca más.

Se trataba de una promesa que pronto iba a tener que cumplir.

12

A la mañana siguiente me desperté sobresaltada.

¡Tut! ¡Tut! Daniel estaba a los pies de mi cama, haciendo sonar una trompetilla.

—¡Ya es hora de levantarse, Kat! —chilló.

Alargué el brazo para cogerle la trompetilla.

—¡Para ya, mocosol! —refunfuñé. Entonces me acordé.

¡Mi cumpleaños! ¡Por fin algo que celebrar!

Salí de la cama de un salto. ¡Había que prepararse para ir al Diverparque! Había planeado pasarme todo el día en el resbaladero de troncos y en el tobogán de olas.

Me acerqué a la ventana y miré al exterior.

—¡No! —exclamé decepcionada—. ¡No puede ser!

Estaba diluviando. Los rayos iluminaban el cielo y el retumbar de los truenos era tan fuerte que toda la casa temblaba.

¿Cómo íbamos a ir al Diverparque con este tiempo?

—¡Kat! —mamá me llamo desde abajo.

El desayuno.

Me puse rápidamente unas mallas a rayas violetas y rosas, una camiseta de color violeta y bajé corriendo a la cocina. El día de mi cumpleaños, mamá siempre me prepara mi desayuno favorito: barquillos con fresas y azúcar en polvo.

—Ya está aquí la homenajeadita. Feliz cumpleaños, hija —dijo mamá sonriente, dándome un fuerte abrazo.

—Me he vestido para la fiesta —dije con optimismo mientras me sentaba a la mesa.

—Oh, cariño, me temo que tendremos que suspender la fiesta —dijo mamá entristecida—. Es imposible ir al Diverparque con esta tormenta.

¿Suspender? Revolví los barquillos desilusionada.

—¿No podemos hacer la fiesta aquí, en el interior? —supliqué—. Pediremos pizzas y jugaremos con el ordenador en el estudio.

—Ya sabes que no puede ser —afirmó mamá—. Los pintores estarán todo el día en la sala de estar y en el comedor. Con todas las escaleras y los cubos de pintura en medio, no creo que sea conveniente que tus amigos corroteen por aquí.

Qué suerte la mía.

—Pero, mamá, es mi cumpleaños —protesté, soltando el tenedor—. Y me prometiste que haríamos una fiesta. ¡Me lo prometiste!

Mamá suspiró.

—Ya sé lo mal que te sientes, Kat. Celebraremos la fiesta otro día. El fin de semana que viene, por ejemplo.

Otro día no iba a ser mi cumpleaños.

—¡Todo va mal! —exclamé—. ¡Desde que nos mudamos!

Odiaba la nueva casa. Incluso odiaba el día de mi cumpleaños. Y, por encima de todo, odiaba al grol.

Subí corriendo a mi habitación dejando los barquillos en el plato. Saqué bruscamente al grol de la jaula y lo zarandeeé con todas mis fuerzas.

—¡Te lo advertí! —lo amenacé—. ¡Has estropeado mi cumpleaños! ¡Ahora me las pagarás!

El grol palpitaba contento en mi mano y lo volví a introducir en la jaula de hámster.

¡Te odio! —grité—. ¡Te odio de verdad!

¡A ti y a tu maña suerte!

Mientras caía rendida en la silla del escritorio decidí que tenía que tomar medidas. Medidas radicales.

«Si no hay fiesta de cumpleaños tampoco va —a haber grol».

—Voy a cumplir mi promesa —dije a la criatura.

Saqué una libreta del cajón del escritorio y empecé a urdir varios planes para deshacerme de él.

—Daniel, ha dejado de llover —le susurré a mi hermano—. Venga, ya es la hora.

El grol vibraba en el recipiente de plástico.

Daniel miró por encima de la pantalla del ordenador.

—¿Ahora? —preguntó—. Espérate un poco, Kat, estoy en el nivel diez y tengo que cargarme a otro troll para abrir el tesoro.

—Esto es importante, muy importante —insistí.

Daniel suspiró.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Ya sabes lo que pone en el libro.

—¡Tengo que hacerlo! —exclamé—. Re. cuerda que Rambo se escapó por culpa del grol.

Decididamente, Daniel estaba nervioso y asustado. Pero obedeció y pulsó el botón de «guardar» del *Terror de los trolls* y me siguió hasta el patio trasero. Había llovido durante todo el día pero ahora brillaban unas cuantas estrellas en el firmamento.

—Toma, coge al grol —le susurré, y dejé a la criatura en sus manos temblorosas.

Me metí rápidamente en el garaje, sintiéndome feliz por primera vez desde hacía días. «Voy a deshacerme del grol», canturreé en mi interior.

Volví donde estaba Daniel con la pala más grande que había encontrado y empecé a cavar.

Tenía que ser un agujero de verdad, muy profundo. Un agujero del que el grol jamás pudiera salir.

Una brisa fresca recorría el ambiente pero cavar en la tierra húmeda no era nada fácil. Las gotas de sudor se deslizaban por mi frente y por la espalda.

No estaba nada asustada. Me sentía obligada a hacer algo para que la vida volviera a la normalidad. Tenía que acabar con toda aquella mala suerte. Y si para ello tenía que enterrar una esponja viviente, pues adelante. Cualquier cosa con tal de no volver a ver a esa estúpida criatura que se reía de mí.

Miré atentamente el agujero. Parecía bastante profundo, era más o menos igual de largo que mi brazo.

Ya está —le comuniqué a mi hermano.

Pásame al grol.

Daniel me entregó la esponja sin articular palabra. Mientras la sostenía sobre el profundo agujero, la esponja no palpitaba, no

respiraba. Ni siquiera estaba caliente. Estaba seca y sin vida, como una esponja de cocina normal y corriente.

Pero yo sabía que ésa no era su única faceta.

Solté al grol en el agujero y observé contenta cómo se precipitaba hasta el fondo por la pendiente.

Volví a coger la pala y empecé a echar un montón tras otro de tierra sobre la criatura. Una palada tras otra.

Cuando hube rellenado el agujero, utilicé el dorso de la pala para aplanar la tierra.

—Ya está —afirmé—. Sólo nosotros sabremos que el grol está enterrado aquí.

Bajé la mirada hacia la tierra blanda y húmeda.

—Adiós, grol —dije contenta—. Daniel, creo que nuestra suerte va a cambiar. Daniel no respondió. Me volví.

—¿Daniel? ¿Daniel? ¿Dónde estás? Mi hermano había desaparecido.

13

¿Qué había hecho?

Solté la pala aterrorizada.

—¡Daniel! —grité—. ¿Dónde estás?

¿Mi hermano había desaparecido por culpa mía? ¿Se había desvanecido en el aire por haber enterrado al grol?

—¿Daniel? ¿Daniel? —llamé con voz temblorosa.

Oí un débil crujido procedente de la parte trasera del garaje.

Me acerqué sigilosamente.

—Daniel —susurré—. ¿Eres tú?

No hubo respuesta. Miré detrás del garaje.

Daniel estaba sentado rodeándose las rodillas con los brazos. Sano y salvo.

—¡Daniel! —exclamé. Me sentí tan aliviada que le di un pellizco.

—Déjame —dijo, se puso en pie de un salto.

—¿Qué estás haciendo aquí atrás? Estaba tan preocupada... ¡Creía que el grol te había hecho desaparecer!

Daniel no respondió y bajó la mirada.

—¿Por qué te has escondido? —le pregunté.

—Tenía miedo —murmuró—. Pensé que el grol iba a explotar o a enfadarse, o algo así.

—¿Tenías miedo? —le pregunté—. ¿Y por qué no me has contestado cuando te he llamado?

—Pensaba que a lo mejor el grol te perseguiría —confesó ruborizándose.

—Daniel, no te preocupes —le tranquilicé.

El pobrecillo estaba muerto de miedo y avergonzado por haberse escondido.

Apoyé mis manos sobre sus hombros.

—El grol ya se ha acabado. Está bien enterrado.

Tragó saliva.

—Pero ¿y si vuelve? ¿Y si lo que pone en el libro ocurre de verdad?

—Nunca más volveremos a ver al grol —dije con voz queda—. Y no olvides que en el libro pone que los grols no existen. Son un invento, un mito, como un cuento.

Daniel suspiró.

Me duele reconocerlo pero tienes razón.

Kat —afirmó—. Por lo menos esta vez.

—¿Esta vez? —exclamé—. ¿Y qué me dices del resto de las veces? —Le di un porrazo en el brazo.

—¡Oh, me duele tanto que me parece que me voy a morir! —exclamó Daniel burlón. Se tiró sobre el césped húmedo y fingió que se desmayaba.

—Venga, entremos —le insistí—. ... Te vas a empapar y yo estoy llena de tierra.

Daniel se incorporó como pudo y me empujó con el codo.

—¡Una carrera! —gritó, corriendo hacia casa.

Subí las escaleras a saltos y le gané por un segundo. Cerré la puerta de golpe y me apoyé en ella para que Daniel no pudiera abrirla.

—¡He ganado! —le grité.

—Porque me he dejado —afirmó Daniel aporreando la puerta.

—¿Quieres entrar? —preguté.

Daniel asintió. Entonces di: «Kat me ha ganado justamente» —le ordené.

—¡Ni hablar! —replicó.

—¡Pues entonces quédate ahí afuera toda la noche, con el grooooo! —dije soltando Un aullido fantasmagórico.

—Bueno, bueno. Kat me ha ganado justamente —refunfuñó—. Pero la próxima vez ganaré yo.

La verdad es que la carrera me importaba un comino. Estaba tan contenta por haber enterrado al grol que me hubiera dejado ganar

diez veces.

Cuando irrumpimos en la sala de estar, nuestros padres levantaron la mirada del periódico. La casa olía a pintura fresca.

—¿Dónde estabais? —preguntó papá.

—Oh, jugando en el patio —respondí.

—¿Os ha pasado algo? —preguntó mamá un tanto preocupada—. ¡Vais muy sucios!

—Todo va bien —contesté—. Ahora.

—Bueno, id a lavaros —ordenó mamá—. Y luego entrad en la cocina.

Daniel y yo nos dirigimos en tropel al cuarto de baño, y nos inclinamos sobre el lavabo, empujándonos y dándonos codazos, para lavarnos.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó mamá cuando entré corriendo en la cocina.

¡Sí! —exclamé ilusionada—. Ha llegado el momento del pastel de cumpleaños.

Mamá sonrió.

Venga, siéntate aquí.

Me dejé caer emocionada en la silla que me ofreció. «Por fin —pensé—, todo vuelve a la normalidad».

Daniel se sentó en la silla que había a mi lado y me cogió del brazo.

—Va a pasar algo malo —murmuró—. Lo sé. Estoy seguro.

«No voy a permitir que nada me estropee la noche», me dije.

—No seas gafe —le susurré al oído—. Todo irá bien.

Mamá estaba inclinada sobre el pastel en el mostrador de la cocina. Acercó una cerilla a cada una de las trece velas, una por cada año más la de la suerte.

¡Qué pastel tan estupendo! Mamá lo había encargado en la pastelería de nuestra calle. Tenía todo lo que me gustaba: rosas escarchadas, chocolate glaseado y una capa de fresas. Además estaba coronado con una corona de chocolate.

—¿Preparada, Kat? —preguntó mamá. Llevó el pastel a la mesa. El rostro le resplandecía a la luz de las velas.

Papá me dedicó una amplia sonrisa.

Todos empezaron a cantar *Cumpleaños feliz*.

Vi que Daniel me miraba fijamente al cantar. Cuando acabaron la canción, cerré los ojos y pensé los deseos.

«Que Rambo vuelva a casa y que el grol no vuelva nunca más. Y que Daniel esté equivocado, que no ocurra nada malo».

Me incliné hacia delante para acercarme a las velas y soplé con todas mis fuerzas.

¡Pum!

Al oír ese ruido procedente de la cocina casi me caigo de narices sobre el pastel.

14

—¡Vaya corcho! —exclamó mamá con alegría, j

Dejó una bandeja con vasos y una gran botella de vidrio verde.

—Es tu favorita, sidra con gas —anunció—. Ya sé que no es lo mismo que ir a pasar el día en Diverparque, pero...

—¡Oh, mamá! —dije con voz entrecortada y notando los latidos de mi corazón—. ¡Es fantástico! Todo va a ir de maravilla.

Un cumpleaños excelente. Pastel, sidra con gas y regalos: dos videojuegos nuevos, un Disc-man y algunos CD, una mochila de color violeta y una sudadera violeta y rosa, mis colores favoritos.

Aquella noche, antes de ir a dormir, metí los libros de texto en la mochila nueva. Miré la jaula del hámster. Vacía y limpia, como si el grol no hubiera existido.

«Me he deshecho de esa criatura repugnante —pensé feliz—. De una vez por todas».

Mi familia por fin se iba a librar de la mala suerte.

El reloj de la entrada dio las diez. Hora de irse a dormir. Me puse el camisón y me metí bajo las mantas.

A la mañana siguiente, cuando sonó el despertador, salí de la cama de un salto y me precipité hacia la ventana para ver qué día hacía.

—¡Oh, no! —solté un débil gemido de horror.

¡El patio trasero parecía un desierto!

Por la noche se había quemado todo el césped. Las begonias rosas yacían en el suelo, completamente carbonizadas. Y las rosas rojas de papá se habían consumido por completo y estaban negras.

«Pobre papá —pensé—. Había trabajado tanto para que el jardín estuviera tan bonito. Y ahora...».

Mientras contemplaba el patio muerto y negro, intenté apartar un oscuro pensamiento de mi mente. Pero, en el fondo, sabía exactamente qué había pasado: el grol.

Desde su tumba el grol había hecho uso de sus poderes diabólicos contra el césped, y había matado todas las plantas, las flores y las briznas de hierba.

¿Qué debía hacer?, me pregunté observando aquel jardín ahora yermo. ¿Debía desenterrar el grol? ¿Me quedaba otra elección? Creía que no.

Me puse rápidamente la sudadera nueva y unos tejanos. Bajé las escaleras despacio. Me dirigí al lugar donde había enterrado al grol.

Empecé a excavar.

Una lluvia de hojas marrones y secas cayó sobre mi cabeza. Me dolía el hombro de levantar la tierra húmeda y pesada. También tenía una sensación extraña en el estómago.

Cavaba y cavaba. Y cada vez me encontraba peor.

Quería soltar la pala y huir de ahí, dejar a la criatura enterrada para siempre. Pero tenía que enfrentarme a la realidad.

Si dejaba al grol enterrado, no pararía de molestarme. Castigaría a toda mi familia.

Excavé hasta el fondo del agujero. Entonces me incliné hacia abajo y aparté la tierra con las dos manos.

Él grol fue apareciendo poco a poco, ante mis ojos aterrorizados. Estaba más vivo y exaltado que nunca.

—¡Debería aplastarte con esta pala! —le grité.

El grol vibró locamente, como si lo que le decía le hiciera feliz.

Volví a oír su respiración. Y luego pasó de ser marrón a rosa y acabó rojo como un tomate. Cambiaba de color a medida que respiraba. Marrón, rosa, rojo. Marrón, rosa, rojo.

Saqué al grol de la tumba. Palpitaba con tanta fuerza en mi mano que con un latido cayó al suelo.

—¡Estate quieto! —grité, recogiénolo rápidamente.

El grol me miró. Sus ojos redondos y diminutos brillaban tan maliciosamente que me estremecí.

Apreté los dientes y me metí al grol en el bolsillo de la sudadera.

Volví a casa con paso cansado, franqueé la puerta de la cocina y entré en el vestíbulo que daba a las escaleras.

Oí un ruido al pie de las mismas. Procedía de la habitación de mis padres.

«Están despiertos —pensé—. Tengo que darme prisa antes de que me vean y empiecen a preguntarme cosas. Es lo último que me faltaría».

Subí los escalones de dos en dos. ¡Bump! Resbalé y caí sobre la rodilla derecha. —¡Ay! —grité.

Noté que el grol se movía en el bolsillo. Oí su risita débil y desagradable: *¡Je, je, je!*

¡Se estaba riendo de mí!

Lo saqué del bolsillo y lo apreté con tanta fuerza que me dolieron los dedos. Entonces subí rápidamente a mi habitación y metí al grol en la jaula de hámster.

«Encontraré una forma de destruirte», me prometí. Me froté la rodilla dolorida y observé a aquella bestia.

—¡Acabaré contigo antes de que nos traigas más mala suerte! —exclamé. «Pero ¿cómo?», me pregunté. ¿Cómo?

15

—Chicos, mañana viene tía Louise —nos comunicó mamá a Daniel y a mí a la mañana siguiente—. Así que quiero que hoy después de clase os ordenéis la habitación.

—¿Viene tía Louise? —pregunté—. ¡Yupi!

Tía Louise es mi tía favorita. Aunque sea mayor es muy enrollada. Siempre lleva vestidos largos y floreados, y tiene un descapotable de color amarillo brillante.

Además, tía Louise hace los globos de chicle más grandes que he visto. Y sabe un montón de chistes de los buenos.

Mamá dice que tía Louise tiene la cabeza en las nubes. Supongo que eso quiere decir que es muy imaginativa. Yo no entiendo mucho de esto pero sabe mucho sobre cosas como la astrología y las cartas del tarot.

Y, tal vez, sobre los grols.

Aquella noche, después de ordenar el dormitorio y antes de meterme en la cama, le di unas buenas noches muy especiales al grol.

«Mañana viene mi tía y me va a ayudar a librarme de ti para siempre», susurré.

Él me miró respirando lentamente.

El día siguiente por la tarde después de clase, Daniel y yo doblamos la esquina que llevaba a nuestra calle y vimos el descapotable amarillo de tía Louise en el camino de entrada. Así pues, nos dirigimos corriendo hasta casa.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —preguntó tía Louise cuando irrumpimos

en casa. Un sombrero de paja amarillo le cubría el pelo oscuro y rizado.

Antes de que Daniel pudiera alcanzarla, le pasé los brazos por los hombros y le susurré al oído:

—Sube conmigo, ahora mismo. Es súper importante.

Mi tía se sacó el sombrero y me lo puso. Contempló cómo me quedaba.

—¿Súper importante, dices? —preguntó.

—Sí —susurré, cogiéndola de la mano y empujándola hacia las escaleras—. ¿Has oído hablar alguna vez de un grol? —pregunté.

—¿Un grol? Mmm. Tendré que pensármelo un momento —respondió pensativa—. No creo que no. ¿Qué es un grol?

—Bueno —expliqué—, Daniel encontró un dibujo en una enciclopedia. Y ponía que es un ser mitológico, de la Antigüedad...

—Pues si es mitológico, cariño, entonces no existe —me interrumpió tía Louise.

—¡Pero no es mitológico! —exclamé impaciente—. Lo sé porque tengo uno. Y me da muchos problemas, muchos.

Tía Louise me siguió hasta mi dormitorio en el primer piso.

—¿Sabes lo que es un lanx? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Pues es otra criatura que sale en la enciclopedia. Parece una patata pero tiene la boca llena de dientes afilados.

—Cielo santo. ¡Qué horror! —exclamó tía Louise—. Pero hablame de ese grol. ¿Qué aspecto tiene?

—Entra, te lo enseñaré —respondí, empujándola hacia el interior.

Señalé la jaula de hámster. El grol estaba agazapado en un rincón.

Tía Louise se acercó a la jaula.

—Así que tú eres un grol —dijo, inclinándose. Alargó la mano para cogerlo.

—¡Espera! —exclamé—. Quizá no debas tocarlo.

Pero era demasiado tarde.

16

Tía Louise cogió el grol y se lo puso en la palma de la mano.

Lo observó un buen rato y entonces se dirigió a mí.

—Kat, si no es más que una esponja seca. ¿Qué tiene de especial?

—Pero, pero... —farfullé.

—Oh, ya lo entiendo —rió—. ¡Has conseguido engañarme! Pensaba que iba en serio.

Me lanzó el grol.

Intenté atraparlo pero no quería tocarlo. Cayó al suelo haciendo *plaf*.

—Ésta sí que ha sido buena —dijo riendo entre dientes al girarse para salir—. Tienes mucha imaginación, igual que tu tía.

Recogí el grol y lo observé fijamente. No estaba caliente. No respiraba. No se movía en absoluto. Estaba seco y duro. Era como una esponja normal y corriente.

Tía Louise pensó que era una broma, pero la víctima había sido yo: ¡el grol me había vuelto a engañar!

Volví a meter a la criatura en la jaula de hámster y se quedó ahí como si estuviera muerta.

—¡Ojalá te pudras ahí dentro! —estallé.

Para mi sorpresa, la esponja marrón y seca empezó a hincharse. Al cabo de pocos segundos estaba más llena y húmeda.

—¡Vaya! —dije con voz quejumbrosa al ver que se volvía rosa y luego roja.

El grol resoplaba y jadeaba. Aquellos minúsculos ojos negros me

miraban exaltados.

El grol rió por lo bajo.

«¿Por qué está tan contento?», me pregunté. No había ocurrido nada terrible. ¿O sí?

Me acordé de cuando papá se había caído de la escalera, de la rama del árbol, de los dedos de la señorita Vanderhoff, de que Rambo se había escapado, del fracaso de mi fiesta de cumpleaños, de nuestro patio seco y destrozado.

Todo aquello era demasiado. ¡Demasiado!

Profiriendo un grito de desesperación, saqué a la criatura malévola de la jaula y la lancé contra la mesa.

Jadeando y notando lo rápido que me latía el corazón, cogí uno de mis libros de texto más voluminosos y lo estampé contra el grol.

—¡Muere! —grité—. ¡Muere de una vez!

Levanté el libro y golpeé al grol con él una y otra vez. Lo hice con la fuerza suficiente para matar a cualquier ser vivo.

Al final me detuve y observé el resultado de mi ataque intentando controlar la respiración y con los brazos doloridos por el esfuerzo.

Menudo panorama. El escritorio estaba lleno de trozos de grol de color marrón y rosa. Lo había hecho añicos.

—¡Sí! —grité jadeante—. ¡Sí!

¡Por fin! Por fin había destruido a aquella criatura perversa.

—¡Sí! —volví a exclamar.

Pero el grito se me ahogó en la garganta y empecé a estremecerme al ver que los trozos rosas y marrones se estaban moviendo.

17

—¡No puede ser verdad! —murmuré. Pero sí lo era.

Los trozos, los fragmentos de grol, se deslizaban por el escritorio. Se arrastraban. Rodaban juntos. Volvían a unirse para formar una bola marrón, una esponja.

No tardaron mucho, un minuto como máximo.

A continuación el grol volvió a mirarme. Vibraba con tanta fuerza que el escritorio empezó a moverse.

Su risita cruel rompió el silencio que me rodeaba.

¡Je, je, je!

—¡Cállate, cállate! —grité. Pero rió todavía más.

Desesperada, cogí un calcetín de la cesta de la ropa sucia y lo utilicé para coger al grol. Acto seguido, volví a introducirlo en la jaula. ¡Je, je, je!

Lancé un grito, me tumbé en la cama boca abajo y me tapé los oídos. «¿Tendré esta mala suerte para el resto de mi vida? ¿Hay algún remedio contra esto?».

Estaba muy asustada, muy enfadada y profundamente desconcertada. Ni siquiera podía conservar mi alegría.

Cuando tía Louise nos llevó a mi hermano y a mí a la heladería, ni siquiera me acabé un pequeño helado; cuando, normalmente, me hubiera engullido uno de tres bolas.

Pero ¿cómo volver a ser feliz? Mi suerte estaba unida al grol, para siempre.

—¡Levántate, Kat! ¡Levántate! —una voz apremiante me hablaba al oído.

Levanté la cabeza de la almohada despacio. —¿Qué?

Daniel estaba ondeando su cartera a dos dedos de mi cara.

—¡Aparta eso! —le grité, intentando cogerla.

—Eh, sólo intento ayudarte —respondió, apartando la cartera—. Vas a llegar tarde al colegio. ¡Será mejor que vayas moviéndote! —y salió corriendo del dormitorio.

Me aparté las mantas de encima de un manotazo y me acerqué rápidamente al armario. Me puse la camiseta de «Salvemos el mundo» y las mallas a flores de color violeta. Entonces me acordé:

—¡Daniel, eres un inútil! —vociferé—. ¡Hoy no tenemos clase! ¡Hay una conferencia de profesores!

Asomó la cabeza a mi habitación.

—¡Te lo has creído! —se burló.

Le lancé una almohada a la cabeza y le di en toda la cara. Qué puntería.

—No sabes encajar una broma —afirmó sonriente—. Carlo va a venir después del desayuno. Podemos jugar a los Guerreros de los mega monstruos.

Le cerré la puerta en las narices. Las bromas estúpidas de Daniel no suelen preocuparme demasiado. Y un día sin clases siempre me pone de buen humor.

Pero ¿cómo iba a divertirme? No hacía más que pensar en cuál sería la próxima desgracia. ¿Qué mala suerte iba a procurarme el grol malvado?

Después de desayunar, estuve leyendo una revista en el porche trasero. Intentaba no hacer caso de los gritos de Carlo y Daniel y de sus risas histéricas mientras jugaban en el ordenador. Echaba mucho de menos a Rambo. Suele sentarse junto a mí cuando leo.

Al cabo de una hora aproximadamente, me aburría y decidí subir a mi habitación para empezar a redactar el trabajo de ciencias sociales.

La señorita Vanderhoff nos había mandado escribir una redacción: «Mi familia y lo que significa para mí». Pero no dejaba de pensar en el grol y en cómo estaba destruyendo a mi familia.

Hasta el momento, todo lo que había escrito era: «Soy Kat Merton y mi familia significa muchísimo para mí».

No se trataba precisamente de un comienzo digno de un

sobresaliente, y tenía que entregar la redacción a la mañana siguiente. Decidí comer algo. Bajé a la cocina, me preparé una taza de leche con chocolate y cogí un puñado de galletas de avena.

De vuelta a mi habitación, eché una ojeada al estudio. Todo parecía muy tranquilo. No vi a Carlo^ sólo estaba Daniel jugando a La aventura submarina.

—¿Dónde está Carlo? —pregunté.

—Hum —respondió Daniel, con la vista pegada en los submarinos y torpedos que cruzaban la pantalla del ordenador.

—¿Es demasiado difícil la pregunta que te he hecho? —pregunté con ironía—. Voy a repetirla despacito. ¿Dónde... está... Carlo?

—En casa —masculló.

—¿Se ha enfadado porque has hundido más submarinos que él? —bromeé.

Daniel no respondió.

Me fui a mi dormitorio. Dejé la leche y las galletas y no pude evitar echar una mirada a la jaula de hámster.

Lo que vi no fue lo que me hizo estremecer de la cabeza a los pies sino lo que no vi: la jaula estaba vacía. El grol había desaparecido, se había escapado.

18

¿Cómo había escapado? El grol nunca había intentado salir de la jaula.

De hecho, aquella esponja estúpida nunca parecía interesada en ir a ningún sitio. ¿Por qué había desaparecido entonces? ¿Y a dónde había ido? ¿Y qué tipo de problema estaba tramando?

«No puede estar muy lejos», me dije, ya que la esponja no tenía piernas.

Hice ademán de llamar a Daniel pero tenía la garganta agarrotada por el pánico. Empecé a buscar al grol. Me deslicé debajo de la cama. Ni rastro de él.

Busqué en todos los rincones de la habitación, incluso le llamé:

—Ven aquí, grol. Ven aquí.

No. No había manera. La criatura había desaparecido.

Las palabras de la *Enciclopedia de las rarezas* se agolparon en mi cabeza: «Quien dé el grol MORIRÁ en el plazo de un día».

—¡Daniel! —grité—. ¡Daniel!

Bajé al estudio rápidamente y lo zarandeeé con tanta fuerza que dejó caer el ratón del ordenador.

—¡El grol ha desaparecido! —exclamé—. ¡Se ha escapado!

Daniel apartó la mirada de la pantalla del ordenador.

—¿Cómo dices? ¿A qué te refieres con eso de que se ha escapado?

—¡Ha desaparecido! ¡La jaula está vacía! —me lamenté.

Daniel contrajo el rostro con una mueca, pensativo.

—Ya sé dónde está —dijo—. Carlo.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido dejar que se lo llevase?

—¡Yo no le he dejado! —replicó Daniel—. Debe de haberlo cogido al marcharse. Carlo cree que todo esto es una broma. Dice que es imposible que una esponja tenga poderes maléficos.

—¡Menudo idiota! —farfullé—. Tal vez deberíamos dejarle el grol. Así aprendería la lección, una lección terrorífica.

—Kat, no podemos —exclamó Daniel—, es mi mejor amigo. ¡Tenemos que recuperar al grol antes de que ocurra algo terrible!

Daniel y yo sacamos nuestras chaquetas del armario y salimos corriendo al garaje. Nos montamos en las bicicletas y pedaleamos con fuerza calle abajo. —

—¿A dónde crees que iba? —grité.

—Miremos en el patio del colegio —sugirió Daniel—. Ahí siempre hay una pandilla de chicos.

—Sí, además a Carlo le encanta fardar —comenté—. Seguro que ha ido directo al patio para presumir del grol.

—No es un fardón —protestó Daniel.

—¡Sí que lo es! —repliqué mientras pedaleaba con todas mis fuerzas para adelantar a Daniel.

Poco después llegaba a Chestnut Street.

—¡Sólo faltan dos manzanas! —dije jadeando. Aminoré la velocidad para que Daniel pudiera alcanzarme.

Doblé la esquina.

—¡Oh, no! —grité.

Apreté los frenos y la bicicleta se detuvo en seco. ¿Quién yacía en medio de la calle? ¿Era Carlo?

—¡Sí!

Carlo. Estaba tumbado boca abajo con los brazos y las piernas extendidos sobre la calzada.

—¡Oh! ¡Es demasiado tarde! —exclamó Daniel—. ¡Es demasiado tarde!

19

Nuestras bicicletas cayeron al suelo cuando Daniel y yo nos bajamos de un salto. Nos inclinamos sobre Carlo, repitiendo su nombre.

—Ohhh, guau. —Carlo soltó un débil quejido. Se agarró la pierna derecha.

—¡Carlo! —grité desesperada—. ¿Qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Te encuentras bien?

Carlo dobló la pierna con cuidado e hizo una mueca de dolor.

—Me duele mucho la pierna. Me he caído de la bicicleta y me la he torcido.

Alcé la mirada y vi la bicicleta caída bajo un árbol.

—¿Cómo te has caído? —preguntó Daniel con un hilo de voz. A mi hermano le horroriza la sangre.

—Unos chicos más mayores querían retarme a una carrera —se quejó Carlo—. Yo no quería pero... me han obligado.

Se incorporó sin dejar de frotarse la rodilla.

—¡Iba a toda velocidad, me he encontrado con una zona de gravilla, he patinado y he chocado contra un árbol! Esos chicos han pensado que la cosa se iba a poner fea y se han largado.

—Daniel, échame una mano —ordené.

Lo ayudamos a incorporarse y lo acompañamos hasta el bordillo.

Entonces nos sentamos en él, observando la bicicleta destrozada. El manillar se había convertido en un montón de chatarra.

—¿Sabéis qué? —intervino Carlo—. No he visto ese estúpido árbol hasta que he chocado contra él.

Daniel me dio un codazo. Sabía perfectamente en qué estaba pensando. El grol volvía a hacer de las suyas. Teníamos que recuperarlo.

—Carlo, ¿dónde está el grol? —pregunté.

—Ahí, en la cesta de la bicicleta —contestó señalándola.

Alargué la mano hasta el manillar destrozado y palpé la cesta una y otra vez. No había nada, la cesta estaba completamente vacía.

—Carlo, venga ya —me quejé—. El grol no está ahí. ¿Dónde está?

El tono de mi voz se elevó y se hizo agudo. Me sentía invadida por el pánico.

—¿Eh? ¡Tiene que estar ahí! —afirmó Carlo—. Es donde lo he dejado. Me lo iba a llevar a casa.

—Oh, claro, Carlo —dije con ironía—. ¿Estas seguro de que no ibas a llevarlo al patio y enseñárselo a todo el mundo?

Carlo bajó la cabeza.

—Bueno, pero sólo un par de minutos.

—¡Perfecto! ¡Me parece perfecto! —exclamé enfadada—. El grol se ha perdido por culpa tuya.

Daniel se acercó más a mí, con el rostro pálido de miedo.

—Tenemos que encontrar al grol, Kat —susurró—. Recuerda lo que ponía en la enciclopedia. Si no lo encuentras en el plazo de un día, ¡te morirás!

—Ya lo recuerdo —le respondí estremecida—. Pero ¿cómo vamos a encontrarlo? ¿Dónde puede estar?

20

—Ni siquiera sé por dónde empezar a mirar —reconocí exhalando un suspiro.

—A lo mejor se ha caído de la cesta cuando choqué contra el árbol —sugirió Carlo—. Tal vez esté por aquí cerca.

Daniel me tiró de la manga.

—Vamos —dijo—. Empecemos a buscar.

Carlo se levantó.

—Será mejor que me vaya a casa —anunció, y se marchó cojeando. Afortunadamente, vivía en la siguiente manzana.

Daniel y yo buscamos por toda la zona: en los portales, debajo de los coches, en las macetas de flores, en cualquier sitio al que el grol pudiera haber ido a parar.

Todo fue en vano.

Cuando ya estábamos a punto de rendirnos, vi la rejilla de una alcantarilla cerca de la bicicleta de Carlo. ¿Se habría caído por ahí?

Daniel también se fijó en ella.

—¿Kat? ¡Seguro que se ha caído por la alcantarilla! Está ahí. ¡Estoy seguro!

Me tumbé boca abajo en la calzada y miré atentamente por la oscura rejilla.

—¡Está tan oscuro que no veo nada! —le informé—. Alguien tendrá que bajar.

—Eh... ¿Alguien? Tal vez... tal vez podría bajar yo —se ofreció mi hermano con voz temblorosa.

Daniel siempre se hace el valiente, pero sé que hay un montón

de cosas que le dan miedo. Las alcantarillas oscuras, por ejemplo. Ahí abajo se moriría de espanto.

—No, ya bajaré yo —decidí—. El grol me conoce mejor.

Levantamos la pesada rejilla. Palpé el terreno con el pie y noté una escalera estrecha en uno de los lados de la alcantarilla.

—Supongo que se baja por aquí —dije en voz baja—. Allá voy.

Me introduje en aquel agujero negro y húmedo muy despacio. Los peldaños de la escalera estaban húmedos y resbalaban, las paredes estaban recubiertas de lodo.

—¡Este sitio apesta! —exclamé—. ¡Parece mentira que esté haciendo esto!

Al llegar al suelo de la cloaca, pisé algo húmedo y cenagoso.

—¡Puaf! —grité, apartando el pie.

—¿Estás bien? —preguntó Daniel desde arriba. Parecía que estuviera a kilómetros de distancia.

—¡Sí! —le respondí—. Me parece que he pisado un montón de lodo. La verdad es que esto está súper oscuro.

Volví a apoyar el pie con cuidado y agarré bien la escalera con una mano, temerosa de no encontrar el camino de vuelta si la soltaba.

Me convencí de que estaba demasiado oscuro y de que nunca encontraría al grol.

Y entonces lo oí. ¡Oí su respiración! ¡El grol! Pero ¿dónde estaba?

Contuve el aliento y me quedé quieta. Me concentré con todas mis fuerzas en la oscuridad para descubrir de dónde procedía aquella respiración. La seguía oyendo. ¿A mi derecha?

Sabía que tenía que dirigirme hacia allí y coger al grol, pero temía soltar la escalera. Al final decidí contar los pasos, buscar al grol, y luego volver a contarlos para llegar a la escalera.

Tragué saliva y solté la escalera. Anduve en la oscuridad y empecé a contar.

«Uno... dos... tres... cuatro...».

La respiración se oía un poco más cerca.

«Cinco... seis...».

Me detuve y agucé el oído.

«¿Eh? —me dije—, ¿qué es ese chirrido?».

Entonces vi los ojos. No los ojos pequeños y redondos del grol sino unos grandes y brillantes. Había muchísimos y todos me miraban en la oscuridad.

21

El chirrido se hizo más agudo. Todos los ojos me observaban.

Eran unos ojos amarillos que relucían en la oscuridad.

Oí a una criatura deslizándose por el suelo. Noté que algo caliente y peludo me rozaba la pierna. ¿Eran mapaches? ¿Ratas? Prefería no saberlo.

Me rozó otro animal. Todos empezaron a arrastrarse por el suelo de la alcantarilla. Se habían puesto nerviosos.

Hice un esfuerzo por respirar. Me giré y empecé a correr.

«¡Quiero salir de aquí! —pensé—. ¡Quiero salir de aquí antes de que me ataquen!».

Resbalé en aquel suelo cenagoso y húmedo.

«Por favor, quiero encontrar la salida», supliqué mientras iba dando traspiés en la oscuridad.

—¡Ay!

Me golpeé la rodilla con algo duro.

Solté un grito, alargué la mano para apoyarme en algo y resultó ser la escalera.

—¡Por fin! ¡Por fin! —exclamé contenta.

Sin prestar atención al dolor punzante de la rodilla, trepé por los peldaños enfangados. Subí hacia la luz.

—¡Daniel, ayúdame a salir! —grité.

Daniel se inclinó hacia abajo y me cogió de las manos. Así me ayudó a salir de aquel horrible agujero.

Me dejé caer sobre la calzada y casi me eché a llorar de alegría. Daniel se sentó junto a mí.

—¿Lo has encontrado? —preguntó ansioso—. ¿Lo has encontrado?

Me limpié las manos llenas de fango en los tejanos.

—No —respondí—. No he encontrado al grol.

—Tenía que haber bajado —afirmó—. Seguro que lo habría encontrado.

—¡Seguro que te habrías muerto de miedo! —le respondí enfadada—. Eso está lleno de animales. A lo mejor son ratas, montones de ratas.

—Sí, ya —dijo poniendo los ojos en blanco y lanzando un suspiro—. ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó, mandando un guijarro al otro lado de la calle de un puntapié.

Suspiré.

—No te preocupes. Lo encontraremos.

—Pero ¿cómo? —insistió—. Si ni siquiera hemos encontrado a Rambo, ¿cómo vamos a encontrar una pequeña esponja?

Nunca había visto a Daniel tan preocupado.

—Daniel, la policía encontrará a Rambo, estoy convencida —dije con dulzura.

—Seguro que la esponja está por aquí —afirmó, sin hacerme caso—. Tenemos que buscarla otra vez.

Reiniciamos la búsqueda, por la calle, por la hierba, detrás de los setos, debajo de los árboles.

Carlo apareció cuando ya estábamos a punto de darnos por vencidos. Caminaba bien. Observó lo que quedaba de su bicicleta y luego nos ayudó a buscar.

El sol de la tarde se estaba poniendo detrás de los árboles. El aire era más fresco. Pronto oscurecería.

Me dejé caer en la acera totalmente desesperada. No hacía más que pensar en la advertencia de la enciclopedia. «¿Era posible? ¿Podía ser cierta? Si no encontrábamos al grol, ¿moriría yo antes del día siguiente?».

—¡Ahí está!

El grito emocionado de Daniel interrumpió mis lúgubres pensamientos.

—¡Ahí está! —exclamó mi hermano con alegría—. ¡Lo veo! ¡Veo el grol!

22

Daniel salió disparado.

—¡Así me gusta! —dije.

Me puse en pie de un salto con el corazón laténdome a cien por hora.

—¡Eres el mejor hermano de todo el universo!

Estaba tan feliz y contenta que rodeé a Carlo con los brazos.

—¡Me ha salvado la vida! —exclamé—. ¡Me ha salvado la vida!

—¡Eh, tranquila! —gritó Carlo, molesto.

Corrí detrás de Daniel. Vi que se inclinaba para recoger algo. Algo pequeño, redondo y de color marrón.

Pero una ráfaga de viento hizo que el grol se alejara de él.

—¡Eh! —exclamó, y lo siguió dando traspiés. El viento volvió a dejarlo fuera de su alcance.

—¡Ya te tengo! —dijo Daniel, saltando sobre él.

—¡Tráelo! —le grité.

—¡Oh, vaya! —murmuró. Bajó la mirada—. Lo siento, pero no es el grol.

Cogí lo que tenía en las manos.

—No, no es el grol —susurré entristecida.

No era el grol. Se trataba de una bolsa de papel marrón tan arrugada que parecía una bola. Daniel la tiró al suelo y la pisoteó.

Yo sentía el estómago encogido, me encontraba realmente mal.

«Ya no nos queda demasiado tiempo —pensé—. Y no tenemos ni idea de dónde puede estar el grol».

Noté que estaba a punto de escapárseme una lágrima y parpadeé

rápidamente. No quería que Daniel y Carlo se dieran cuenta de lo asustada que estaba.

El pánico me invadía. ¿Iba a morir si no encontrábamos a aquella criatura malévola?

De repente me imaginé a mis padres llorando mi pérdida y pensando cuánto me echaban de menos. Me imaginé a tía Louise lamentándose: «Ha sido culpa mía. No le hice caso». Me imaginé a Daniel yendo solo al colega. Observé a mi hermano, que se dejó caer en el bordillo junto a Carlo, lleno de tristeza.

Y entonces se me ocurrió una idea realmente terrorífica. Tal vez el grol no se había perdido. Tal vez aquella criatura horripilante había decidido esconderse, para que yo no la encontrara. Para poner en práctica su truco más malévolo. Esconderse durante veinticuatro horas para que yo sufriera la peor suerte: ¡la muerte!

Carlo me sobresaltó al ponerse en pie de un salto. Sus ojos oscuros brillaban de emoción.

—¡Ten... tengo una idea! —exclamó. —¿Una idea? —pregunté—. ¿Qué idea? Me sonrió y me agarró del brazo. —Vamos. Daos prisa. Me parece que ya sé dónde puede estar el grol.

23

—¿Sabes esos chicos que me obligaron a hacer una carrera? — Carlo preguntó, tirando de mí calle abajo—. ¿Los que siempre están en el patio?

—Sí, ¿qué pasa con ellos? —pregunté.

—Seguro que alguno cogió el grol. Me parece recordar que...

Daniel ni siquiera esperó a que Carlo acabara la frase.

—¡Vamos! —exclamó.

Se montó en la bicicleta y pedaleó rápidamente hacia el patio. Yo cogí mi bicicleta y empecé a pedalear detrás de mi hermano. Carlo corría detrás de nosotros, gritando:

—¡Esperadme! ¡Esperadme!

Fuimos hasta el patio y entramos a pie llevando las bicicletas hasta el campo de béisbol.

Ahí es donde suelen estar los chicos más mayores.

—Ahí están —afirmó Carlo, señalando a un grupo de muchachos que, por turnos, bateaban, paraban y devolvían pelotas.

—Carlo —susurró Daniel nervioso. —Esos chicos son muy mayores, parecen del instituto.

Vi a dos jóvenes de pie a un lado del campo de béisbol. Tenían la cabeza inclinada hacia abajo y miraban algo que el chico más alto tenía en sus manos. Era algo pequeño, marrón y redondo.

¡El grol!

Me acerqué a ellos corriendo.

—Eh, ¿qué tal? —saludé haciéndome la simpática—. Ya sé que parece una tontería pero tenéis mi esponja favorita. ¿Me la

devolvéis?

El chico alto entrecerró los ojos para mirarme. Era bastante guapo, tenía unos ojos verdes brillantes y el pelo rubio y liso le caía sobre los hombros.

—¿Tu esponja favorita? —repitió. Sonrió abiertamente—. Lo siento pero estás equivocada. Ésta es mi esponja favorita.

—No, en serio —insistí—. Se ha caído de la bicicleta de ese niño. —Señalé a Carlo. Él y Daniel nos observaban en la distancia—. La necesito.

—¿Puedes demostrar que es tuya? —preguntó el muchacho, mientras le daba vueltas en su mano—. Aquí no pone tu nombre.

—Será mejor que me la devuelvas —le amenacé con una mirada asesina—. Porque no es una esponja de verdad. Es un demonio. Trae mala suerte a quien la posee.

—Oh, qué miedo —se burló—. A lo mejor te trae mala suerte a ti porque no te la devolvemos.

Me pasó el grol por las narices.

—¡Eh, Dave, cógelo! —le dijo a su amigo, lanzándole el grol—. Toma, un poco de mala suerte.

—Eh, dame eso —salté para coger al grol, pero volaba por encima de mi cabeza.

Se fueron pasando el grol una y otra vez, riendo y lanzándolo alto para que yo no lograra alcanzarlo. Aunque ellos se lo estaban pasando en grande, yo me sentía fatal. Después de observar impotente aquel jueguecito durante unos diez minutos, me rendí.

«Muy bien —pensé con malicia—, que jueguen con el grol. Pronto descubrirán que no juega limpio».

Al marcharme, grité a los chicos que se arrepentirían.

El muchacho rubio se encogió de hombros, sonrió y corrió para batear. Con gestos exagerados, se metió la esponja en el bolsillo trasero, de donde sabía que yo no podría sacarla. Entró en la base, se encogió para adoptar la postura del bateador y... ¡Bum! El primer lanzamiento le dio en plena cabeza.

Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Se tambaleó, luego se desplomó en el suelo y permaneció inmóvil.

—¡Auxilio! —gritaron los demás chicos—. ¡Que alguien nos ayude!

El grol había cumplido su misión. ¡La mala suerte había reaparecido!

—¿Está bien? —preguntó Daniel—. ¿Está...?

No respondí. Vi que el grol salía rodando del bolsillo del chico. Me abalancé para coger la esponja maldita. Pero sólo cogí hierba seca.

Dave, el amigo del chico rubio, la agarró antes que yo.

—¡Ve a buscarla! —gritó, y lanzó la criaturita al aire.

24

Hice un esfuerzo desesperado por cogerla, pero Dave era mucho más alto que yo y no le costó nada recoger el grol.

—Toma —dijo. Me lo lanzó y se fue corriendo a ver cómo estaba su amigo.

El chico rubio ya se había incorporado y se frotaba la cabeza.

—Estoy bien —repetía—. De verdad, me encuentro bien. ¿Qué me ha golpeado?

Daniel y yo nos dirigimos rápidamente hacia las bicicletas. Carlo corría detrás nuestro. Metí el grol en la cesta de la bici.

La criatura esponjosa palpitaba con tanta fuerza que la cesta se movía al pedalear. Su cuerpo pasó de rojo a negro, de negro a rojo, cambiando de color al ritmo de su horrible respiración. Reía de alegría: ¡Je, je, je!

Estaba tan satisfecha de sí misma, tan contenta de haber dejado sin conocimiento al chico rubio.

—¡Eres asquerosa! —le grité—. ¡Ahora vamos a casa y te voy a encerrar en esa jaula!

Pedaleé rápidamente y me levanté del sillín para ganar velocidad. «A casa —pensé—, llévame a casa».

Bajé Oak Street a todo trapo, encorvándome y bajando la cabeza. Cada vez pedaleaba más rápido.

El viento hacía que el pelo se me metiera en los ojos. Oí a Daniel llamándome a mis espaldas. Pero iba demasiado rápido, iba cortando el viento y no entendía las palabras de mi hermano. Le volví a oír gritar. Y entonces oí el estruendo de una bocina y el

chirrido agudo de unos frenos. Me volví a tiempo de ver un enorme camión blanco y plateado patinando en la calzada, a punto de aplastarme como a un gusano.

25

Apreté los frenos con todas mis fuerzas.

El camión seguía patinando detrás mío e iba dejando los neumáticos marcados en la calzada y pitando.

Frené en seco, caí al suelo de rodillas, apoyándome en los codos, mientras la bicicleta iba a parar al bordillo con el impulso, se volcaba y se deslizaba por la hierba.

En ese momento, el camión consiguió desviarse y parar con un gran chirrido de frenos. Le faltó menos de medio metro para atropellarme.

Me levanté temblando y me quedé en pie a un lado de la calzada, demasiado asustada para moverme. Me volví y vi que el conductor abría la puerta del camión.

—¿Qué hacías en medio de la calle? —me gritó—. ¡Por poco te mato! ¿Ya saben tus padres que montas así en bicicleta?

«Perfecto —pensé con amargura—. Primero casi me aplasta y luego me grita como un energúmeno».

—¡Lo siento! —exclamé.

¿Qué otra cosa podía decir? Esperé a que retrocediera y me marché. No podía evitar pensar continuamente que la mala suerte no iba a acabar, que la mala suerte me iba a acompañar el resto de mi vida.

Dije a Carlo y a Daniel que me encontraba bien. Bajé rápidamente por Oak Street y giré en Maple.

«Sólo me faltan dos casas», pensé y pedaleé más rápido.

¡Bum! La rueda delantera chocó contra algo, contra una botella

rota, creo. La bicicleta se cayó de lado y yo con ella.

—¡No! —grité. Me estaba cayendo demasiadas veces.

Examiné la rueda. Estaba completamente reventada. Mala suerte. Mala suerte para siempre.

¡Je, je, je! Oí la risa malvada del grol. Ese sonido me encolerizó. Le di una patada a la bicicleta y me golpeé el tobillo con el marco de metal.

—¡Ay! —grité, agarrándome el pie.

Mala suerte. Mala suerte para siempre. Con un grito enfurecido, cogí la esponja maldita y la tiré al suelo. Acto seguido me volví a montar en la bicicleta y empecé a «atropellar» al grol. Una y otra vez, una y otra vez, sin parar, estrujé a aquella criatura contra el suelo.

—¡Para, para! —exclamó Daniel, llegando al césped—. ¡No puedes matar al grol! ¡Lo único que haces es darle lo que quiere!

Le lancé una mirada a mi hermano. Me costaba recobrar el aliento.

—¡Míralo! —gritó Daniel, señalando—. El grol se pone cada vez más contento. ¡Le estás ayudando, no le haces daño!

Bajé la mirada hacia el grol. Palpitaba más rápido que antes. Sus horribles ojillos emitían un brillo malévolo. Su cuerpo rojo como la sangre relucía en el sol del atardecer.

¡Je, je, je! La risa cruel rascaba el aire como las uñas una pizarra.

Cogí la bicicleta y la llevé hasta nuestro camino de entrada, donde la dejé caer sobre el cemento. Entonces volví a donde estaba el grol, lo cogí bien fuerte con una mano y lo entré en casa. Daniel me seguía de cerca.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó.

—Ya lo verás —respondí.

Entré en la cocina. El corazón me latía violentamente. Notaba que la sangre me fluía por las sienes a toda velocidad. Metí al grol en el desagüe de la pila de la cocina y cogí una espátula de madera para empujarlo a golpes e introducirlo por la cañería.

Daniel estaba junto a mí, observándome en silencio.

Abrí el grifo del agua caliente a tope. Accioné un interruptor próximo a la pila y lancé una sonrisa a mi hermano.

La trituradora de basuras empezó a barbotear. El barboteo se transformó en un zumbido. Y el zumbido se convirtió en un rugido a medida que todos los dientes trituradores se ponían en marcha.

—¡Sí! —exclamé contenta—. ¡Sí!

Al cabo de unos segundos, la trituradora había despedazado al grol.

—¡Se acabó! —dije a Daniel, suspirando aliviada. Escuché cómo el agua fluía por las cañerías—. ¡Por las cañerías! ¡Yupi!

Carlo entró corriendo en la cocina.

—¿Qué ocurre? —preguntó jadeante—. ¿Dónde está el grol?

Me volví hacia él riendo abiertamente.

—Ha desaparecido. ¡El grol ha desaparecido! —anuncié jubilosa.

Entonces oí que mi hermano intentaba balbucir unas palabras. Vi que se quedaba boquiabierto mirando el fregadero.

—No, no ha desaparecido —lo dijo tan bajo que casi no se le oía, y repitió con un susurro—: No ha desaparecido.

26

Dirigí la mirada a la pila y enseguida me di cuenta de por qué Daniel estaba horrorizado.

El agua caliente volvía a salir. Surgía a borbotones por el desagüe, como si algo muy fuerte la empujara. El agua caliente se revolvía, formaba remolinos movida por una fuerza que provenía de abajo.

—¡Increíble! —exclamó Carlo.

El grol surgió entre los borbotones de agua caliente.

Ahí estaba. Vivito y coleando. Ahora se había tornado de un color violeta brillante, como si quisiera denotar su enfado. Mientras lo miraba horrorizada, palpitaba violentamente en la pila.

—¡No! —grité—. ¡Es imposible! ¡No puede ser que hayas vuelto! ¡No puede ser!

Cogí al grol empapado y lo retorcí lo más fuerte posible. De él corrió un río de agua que fue a parar a la pila. Cuanto más fuerte lo apretaba, más caliente se volvía aquella criatura. Cada vez más caliente y...

—¡Guau! —lo solté porque me estaba abrasando. Rápidamente, dejé que el agua fría corriera por mis manos.

El grol estaba a uno de los lados del fregadero. Palpitaba de alegría, me miraba de reojo con sus ojos demoníacos y soltó una aguda risa.

—Daniel, Carlo —gemí—. ¡Tiene que haber alguna forma de matar a este bicho! ¡Tiene que haberla! ¡Pensad, chicos!

Pero los dos observaban en silencio al grol palpitante.

—¡Venga, Daniel, piensa! —le pasé la mano por delante de la cara—. ¡Ayúdame! ¡Ya no se me ocurren más ideas!

De repente, sus ojos recobraron una expresión normal.

—Tengo una idea —dijo con voz queda.

Salió rápidamente de la cocina.

—¡Enseguida vuelvo! —gritó, dejándonos a Carlo y a mí con aquella criatura malvada.

—¡Te odio! —le dije a la esponja, pero con mi odio sólo conseguía hacer que latiera más rápido.

Un poco después, Daniel entró apresuradamente en la cocina.

—Tal vez esto sirva de algo —anunció, dejando la *Enciclopedia de las rarezas* encima de la mesa—. La he sacado de la biblioteca —explicó—. Pensé que nos sería útil.

Empezó a buscar la palabra «grol».

—¡Oh, Daniel! —suspiré cansada—. Ya hemos leído todo lo que pone sobre los grols. No nos servirá de nada.

—Tal vez hayáis pasado algo por alto —insistió Carlo.

Daniel pasó rápidamente las páginas de la enciclopedia.

—Aquí está la parte sobre lo de matar al grol —dijo—. Veamos qué pone.

Empezó a leer en voz alta: «No es posible matar a un grol, ni por la fuerza ni con medios violentos».

—¿Y eso es todo? —inquirí—. ¿No pone nada más?

Daniel cerró el libro de golpe.

—Nada más —respondió entristecido—. Kat, no es posible matarlo. Es la criatura más malvada del mundo y no podemos destruirla.

Ni por la fuerza ni con medios violentos. Con nada.

—Ni por la fuerza —repetí, reflexionando sobre la frase—. Ni con medios violentos.

Eché una mirada a aquella criatura agresiva que no dejaba de palpar.

—Ummm —exclamé, sin poder contener una sonrisa.

—¿Kat? ¿Qué te pasa? —preguntó Daniel—. ¿Te has vuelto loca? ¿Por qué sonríes?

—Porque sí podemos matar al grol —afirmé—. Y se me acaba de ocurrir la manera de hacerlo.

—¿Qué? —preguntó Carlo—. ¿Que se te ha ocurrido la manera?

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Daniel—. Es imposible matarlo. Siempre resucita.

Meneé la cabeza.

—Ya lo veremos —respondí.

Quería prepararme bien el plan antes de explicárselo. La verdad es que resultó ser bastante sencillo.

27

Muy a mi pesar, cogí el grol palpitante del fregadero y lo sostuve con delicadeza entre mis manos. Acaricié cariñosamente la cabeza rugosa de aquella criatura repugnante y le canté con ternura:

«Dulces sueños y buenas noches, pequeño grol, te quiero. Que duermas bien, pequeño grol, la la la, la la la».

—Kat, no entiendo qué te sucede —dijo Daniel con voz quejumbrosa—. Para ya, ¿quieres? Estás fatal, vete a descansar.

Pero yo seguí cantando lo más dulcemente que sabía.

—¿Qué hace? —preguntó Daniel a Cario—. ¿Entiendes algo? Carlo negó con la cabeza.

Yo no les prestaba atención. Tenía que concentrarme, que obligarme a acariciar al grol con ternura. Abracé a aquel ser asqueroso y lo acuné en mis brazos, como si fuera un cachorrillo.

—Pequeño grol, bonito grol, eres tan cuco, tan dulce, tan mono. Te quiero, grol —le dije, dedicándole unos arrullos al oído.

—Kat, para, por favor —suplicó Daniel—. Me estás poniendo negro, no sé qué te pasa.

—¿Cómo puedes tratarlo con tanto cariño? —preguntó Carlo—. ¡Si es malvado!

—Grol guapo —susurré—. Muy guapo.

Lo acuné suavemente y acaricié su piel rugosa.

«Si esto no funciona —me dije—, es que no hay solución».

—¡Voy a buscar a papá y a mamá! —me amenazó Daniel. Empezó a retroceder hacia la puerta de la cocina.

—¡Chis! —me llevé el índice a los labios y señalé al grol que

acunaba en los brazos—. ¡Mirad, chicos!

El violento palpitar del grol se había convertido en un lento latir.

Le canté un poco más, con amor, con ternura, con cariño.

Y todos observamos sorprendidos que el color del grol se apagaba. Del rojo pasó al rosa y, finalmente, recuperó su color marrón oscuro original.

—¡Guau! —exclamó Daniel.

—Sigue mirando —dije, abrazando al grol con más fuerza. Le canté otra nana.

El grol exhaló un suave suspiro. Vi que se encogía, que se iba secando entre mis brazos, que se le cerraron los ojos y que éstos quedaban ocultos bajo la piel marrón y seca.

—Se... se está debilitando, Kat —murmuró Daniel emocionado.

—Sigue mirando —le dije, y seguí arrullando y acunando al grol como si fuera un bebé—. Muy bien, pequeño grol. Qué grol tan bueno.

La respiración del grol era cada vez más lenta y luego dejó de oírse. Se quedó sin vida en mi mano. Ya no se oía, ni palpitaba, ni se retorció.

—¡No os perdáis esto! —anuncié a Daniel y Carlo.

Levanté la esponja rugosa a la altura de la cara y le di un sonoro beso.

28

Los dos chicos pusieron cara de asco. Pero yo sabía perfectamente lo que me traía entre manos.

Bajé el grol y lo observé detenidamente. —¡Aaaaahhhh!

La esponja soltó un suspiró largo y lento y quedó convertida en una bolita.

Inspiré hondo y soplé. La pelotita se deshizo y el aire se llenó de borlas marrones y secas. Vi caer al suelo las borlas ligeras como plumas. Acto seguido, me sequé las manos con una toalla.

—Se acabó.

—¡Ha... ha desaparecido! —exclamó Carlo. —Pero ¿cómo? —preguntó Daniel. —Bueno, tú me ayudaste a concebir esta idea —le dije.

—¿Yo?

—Sí, afirmé. —Cuando leíste el trozo de la enciclopedia en el que ponía que el grol no se podía matar ni por la fuerza ni con medios violentos.

Sonreí.

—No dejé de reflexionar en estas palabras y, al final, se me ocurrió.

—¿Qué se te ocurrió? —preguntó Carlo.

—Sabía que no podíamos matar al grol utilizando la fuerza o la violencia —expliqué—. Pero ¿qué pasaría si hacía todo lo contrario? Supuse que nadie había intentado ser cariñoso con él.

Los dos muchachitos me miraron boquiabiertos.

—Así se me ocurrió que el secreto para destruir al grol estaba en

ser amable —proseguí—. Y ha funcionado. El grol era tan diabólico que no podía soportar ser amado.

—¡Guau! —exclamó Carlo, por fin aliviado.

—¡Súper! —exclamó Daniel—. Me alegro de haberte dado esta idea.

—Sí, es fantástico tener a un genio en la familia —dije burlona.

Me metí la mano en el bolsillo trasero y saqué los doce dólares que mi abuela me había mandado para mi cumpleaños.

—¿Qué os parece si lo celebramos con un helado? —sugerí sonriendo de oreja a oreja.

—¡Excelente! —exclamaron los dos muchachitos con alegría.

—Tal vez ahora cambie nuestra suerte —le dije a Daniel—. Seguro que nos convertiremos en la familia más afortunada del barrio.

Entonces lo volví a oír. Aquella respiración terrorífica y tan familiar.

Me volví rápidamente hacia la puerta.

—¿Qué es eso? —grité con la corazón encogido—. ¿Lo estáis oyendo?

Sí. Todos lo oíamos. Sentí la boca seca y que unos escalofríos me recorrían la espalda.

La respiración se oyó más fuerte. Y mucho más cerca.

—¡No lo he matado! —gemí—. ¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!

29

Daniel me cogió de la mano. Tenía una expresión aterrorizada. Carlo se apartó de la puerta y fue retrocediendo hasta tropezar con el mostrador de la cocina. Los tres nos apiñamos allí, sin atrevernos a movernos, sin atrevernos a mirar.

—No nos queda otra elección —dije finalmente con voz ahogada—. Si ha vuelto, tenemos que dejarle entrar.

Respiré hondo. Las piernas no me respondían, me pesaban como si fueran de plomo; pero hice grandes esfuerzos por acercarme a la puerta trasera.

Me temblaba todo el cuerpo cuando alargué la mano para coger el pomo de la puerta y abrirla de un tirón.

—¡Oh! —solté un grito de sorpresa.

Rambo me miró, respirando con dificultad, meneando la cola con frenesí.

—¡*Rambo*! —grité entusiasmada—. ¡Has vuelto!

Me incliné para abrazarlo, pero el perro entró en la cocina rápidamente.

Daniel soltó un grito de alegría y se abalanzó sobre el perro, que no dejaba de menear la cola. *Rambo* le llenó la cara de lametones.

—¡Nuestra suerte ha cambiado! —afirmé.

Miré al exterior.

¡Guau! El suelo estaba cubierto de un césped verde reluciente. Vi que las flores levantaban sus cabezuelas marchitas y recobraban sus vivos colores. Toda la maldad que había producido el grol parecía desaparecer. Cogí a *Rambo* y le di un fuerte abrazo.

—*Rambo*, *Rambo* —repetí—. Nos hemos librado del grol.

—¡Vamos! —exclamó Daniel—. ¡Ha llegado la hora de los helados!

Volví a dejar a *Rambo* en el suelo y lo besé en la cabeza.

—Enseguida volvemos, perrito —dije.

—¡A la heladería! —gritó Daniel al tiempo que salía fuera a la velocidad del rayo.

—¡Una carrera! —exclamó corriendo calle abajo—. ¡Quien gane se lleva un helado de tres bolas!

Carlo y yo corrimos tras él. Exploté al máximo la potencia de mis piernas y me coloqué en primera posición. No obstante, en el último momento, Daniel me adelantó y tocó la puerta del establecimiento.

—¡He ganado! —exclamó satisfecho.

Entramos rápidamente en la heladería.

—Una mesa para tres —dijo Daniel riendo abiertamente. La camarera nos acompañó a la mesa, nos dio las cartas y limpió la mesa con una... ¡esponja!—. ¡Huy! ¡Aparta eso de ahí! —gritó Daniel.

La camarera no le entendió pero, por primera vez desde hacía semanas, los tres nos echamos a reír.

—No le hagas caso a mi hermano —dije—. Le tiene manía a las esponjas.

Daniel me dio un puntapié bajo la mesa y yo le pellizqué con fuerza. La camarera puso los ojos en blanco y apuntó lo que queríamos.

Mientras devorábamos los helados me di cuenta del hambre que tenía y de lo contenta que estaba. El grol había desaparecido, para siempre.

Estábamos tan llenos que prácticamente fuimos a casa a rastras.

—*Rambo*, ven aquí, perrito —abrí la puerta trasera y entré en la cocina.

—Eh, ¿*Rambo*? ¡Ven aquí! ¿No te alegras de vernos?

Rambo no se volvió. Estaba junto al fregadero, gruñendo y meneando la cola. Tenía la nariz pegada al armario, intentando abrirlo.

—Muy bien, *Rambo*. Nosotros nos hemos tomado un helado y

ahora te toca comer a ti —afirmé.

Preparé un bol con comida para perros y le añadí unos cuantos trocitos de pavo de la noche anterior.

—Vamos, *Rambo*, es la hora de la cena —le llamé.

Pero el perro seguía gruñéndole al armario de debajo del fregadero.

«¿Qué ocurre? Este perro nunca rechaza la comida», pensé.

—*Rambo* —dijo Daniel—, ¿qué haces ahí abajo? ¿*Rambo*?

Me incliné hacia abajo y le acaricié el lomo. —*Rambo*, ahí no hay nada. El grol ya no está.

Pero *Rambo* no dejaba de gruñir.

—Bueno, bueno —abrí la puerta del armario para el perro—. ¿Lo ves?

Rambo introdujo la cabeza. Lo agarré por el cogote y lo saqué a la fuerza. Llevaba algo entre los dientes.

—¿Qué es eso? —preguntó Daniel.

Rambo dejó caer su presa al suelo y levantó la mirada hacia mí. Yo lo recogí, vaya, era algo duro y estaba lleno de bultitos.

—¿Qué es? —preguntó Daniel, acercándose.

—Nada. Sólo es una patata —contesté con un suspiro de alivio.

Hice ademán de pasársela a Daniel, pero noté algo afilado en el dedo.

—¡Ay! —exclamé sorprendida.

Le di una vuelta a la patata. Estaba caliente y notaba su respiración.

—Daniel, esto me da mala espina —murmuré.

La patata tenía la boca llena de dientes.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.